

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

MORDIERON SU DULCE PIEL

Silver Kane



Viniendo de la autopista que lleva al aeropuerto Kennedy, el coche entró patinando en la Segunda Avenida, derrapó hasta un montón de desperdicios que la huelga de basureros había dejado allí durante todo el día, y torció hacia la Calle Doce donde un camión de frutas había volcado y derramado toda su carga.

Las ruedas pasaron entre montículos de manzanas uruguayas, traídas desde la zona de Río Negro; entre pinas tropicales traídas de Jamaica y San Salvador de Bahía; entre peras españolas traídas de una lejana provincia llamada Lérída; entre melocotones grandes como puños que habían dado fama a las *grape fruits* de Arizona... Aquellas ruedas enviaron por los aires varias de aquellas frutas e hicieron que más de una pina se aplastase contra la cara de más de un honrado contribuyente. Los que estaban recogiendo toda aquella mercancía empezaron a lanzar maldiciones en la peor jerga de los peores barrios de la peor ciudad del mundo. Las maldiciones debieron oírse hasta en la estatua de la Libertad.



Silver Kane

Mordieron su dulce piel

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1441

ePub r1.0

Lds 05.12.18

Título original: *Mordieron su dulce piel*

Silver Kane, 1978

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

UNA MUJER CON PROBLEMAS

Viniendo de la autopista que lleva al aeropuerto Kennedy, el coche entró patinando en la Segunda Avenida, derrapó hasta un montón de desperdicios que la huelga de basureros había dejado allí durante todo el día, y torció hacia la Calle Doce donde un camión de frutas había volcado y derramado toda su carga.

Las ruedas pasaron entre montículos de manzanas uruguayas, traídas desde la zona de Río Negro; entre pinas tropicales traídas de Jamaica y San Salvador de Bahía; entre peras españolas traídas de una lejana provincia llamada Lérída; entre melocotones grandes como puños que habían dado fama a las *grape fruits* de Arizona... Aquellas ruedas enviaron por los aires varias de aquellas frutas e hicieron que más de una pina se aplastase contra la cara de más de un honrado contribuyente. Los que estaban recogiendo toda aquella mercancía empezaron a lanzar maldiciones en la peor jerga de los peores barrios de la peor ciudad del mundo. Las maldiciones debieron oírse hasta en la estatua de la Libertad.

—¡Zorra asquerosa! —¡Putade de dos dólares!

—¡Podías habernos matado!

Pero la mujer que conducía el último modelo de «Ford Mustang», un envidiable bolido color rojo, se había perdido ya entre la niebla baja que aquel anochecer cubría las calles de la parte sur de Manhattan. Los que recogían la fruta respiraron tranquilos porque pensaron que iban a poder disfrutar de unos minutos de paz. Narices.

El urbano que intentaba controlar la circulación en la esquina,

tuvo que dar un salto para no ser arrollado por el «Zephyr» azul que salió aullando del mismo sitio que el «Ford Mustang». Dando todo el gas al motor y sin importarle la vida de los que trabajaban en el centro de la calle, el «Zephyr» se lanzó en línea recta hacia el grupo humano. Los trabajadores portorriqueños que estaban allí saltaron en todas direcciones mientras el segundo bólido pasaba.

Las maldiciones tampoco fueron demasiado originales.

—¡Perro asqueroso!

—¡Marica de dos dólares!

—¡Podías habernos matado!

También el segundo coche se perdió entre la niebla baja, sin dejar más que un par de contusionados y una nube de frutas lanzadas en todas direcciones. Los hombres volvieron a su trabajo como obstinadas hormigas que se jugaran la piel por un puñado de dólares. Fue un milagro que el segundo coche no matase a nadie.

Mientras tanto el bólido rojo había seguido a velocidad suicida hasta las cercanías del hotel Roosevelt, sin respetar los semáforos y sin hacer caso de los pitidos y las maldiciones de los guardias. Eso y el jugarse la vida en cada esquina le permitió ganar unos minutos al «Zephyr» azul que la perseguía.

La mujer que conducía el «Mustang» rojo vio la entrada de un aparcamiento privado a la derecha. La rampa se metía en las entrañas del edificio y la palabra *Prívate* figuraba dos veces en la entrada, pero ella no lo dudó. Un segundo después se había colado dentro.

El hombre que vigilaba aquel enorme *parking* del no menos enorme edificio de oficinas, se acercó rápidamente porque no conocía el «Mustang» rojo.

Iba a decirle que no podía quedarse allí.

Pero enseguida el tío empezó a cambiar de opinión. El primer síntoma de que eso empezaba a suceder fue cuando vio salir por un lado de la portezuela las sensacionales piernas de la chica.

Metido en el fondo de aquel *parking*, el tío era un profesional en eso de guipar las piernas de las mujeres ruando salían de los coches.

Pero no recordaba haber visto jamás unas como aquéllas.

Ni tan bien adornadas con zapatos y medias de primera calidad.

Ni enseñadas con tanto descaro.

Claro que enseguida se dio cuenta de que la preciosa mujer no

las enseñaba porque sí, sino porque estaba nerviosa y no había comprobado la posición de su falda. Bastaba ver su cara para darse cuenta de que la chica pasaba por un mal momento.

Pero... ¡pero qué cara!

Tampoco el tipo metido en aquel hoyo recordaba haber visto nada igual.

Los labios de la soberbia mujer eran tentadores. Tanto como sus piernas.

Y tanto como sus ojos soberbios.

Y tanto como...

Cuando el pájaro empezó a darse cuenta de verdad de lo perfecta que era, resultó que la chica ya había salido del bólide y ya se había puesto en pie frente a él.

—Es sólo unos minutos —dijo con voz armoniosa—. Ya me he dado cuenta de que es un *varking* privado.

—Si va usted a alguna de las oficinas puede dejarlo —murmuró el tío, aunque tenía órdenes de todo lo contrario—. ¿A qué oficina va?

Ella miró el panel luminoso que ocupaba casi toda una pared, y que estaba al lado de los ascensores. Procurando que el hombre no notase lo nerviosa que estaba, sonrió con naturalidad y empezó a descartar posibilidades:

«Piso primero. Everett Glan, arquitecto».

No.

«George Molen, dentista».

Menos.

«Francis Kuban, ingeniero nuclear».

De ninguna manera. ¿Qué voy a hacer yo en una oficina llena de protones y neutrones?

Por fin sus ojos se clavaron en otro de los ocupantes que tenían despacho en la primera planta:

«Sigfried Man, detective privado».

—Voy a ver al señor Sigfried Man —dijo la chica con falsa desenvoltura—. Sí, eso es. El señor Sigfried Man.

—¿El detective privado? Vaya... Ésta es una tarde extraña. Lleva un mes entero sin una cochina visita y esta tarde no hace más que venir gente a verle.

La chica sonrió como indicando que ella no tenía la culpa y

tomó el ascensor hasta el primer piso. Pero antes se ajustó una media con un movimiento lleno de desenvoltura.

El tío del *parking* se había portado amablemente.

Bien merecía tener alguna cosa para soñar cuando se metiera en cama aquella noche.

* * *

La chica que estaba en uno de los despachos del primer piso también enseñaba alegremente las piernas.

Y el hombre que estaba en el despacho del primer piso la abrazaba fuertemente.

La chica que estaba en el despacho del primer piso gemía dulcemente:

—¡Ay, Sig!

Y el hombre que estaba en el despacho del primer piso preguntaba con voz ronca:

—¿Quieres que te bese así, de pie?

—¡Ay! ¡Claro! ¡Así, así!... Me gusta estar colgada de tus brazos.

—Como tú quieras, chata.

—MMM...

—AAAAH...

—Me gustas, Sig... ¡Ay! ¡Me gustas! ¡Más, más! Tienes que conseguir pruebas para mi divorcio. Tienes que hacer algo para librarme de mi marido... Tienes que conseguir que me venga a vivir contigo...

El repitió como un eco:

—Tengo que conseguirlo... Más...

La chica separó su boca de los labios del hombre para preguntar:

—¿Más qué, Sig? ¡No me vengas con chorradas! ¡Aquí soy yo la que pide!

—Más dinero —dijo él—. Estoy sin blanca.

—Te pagué una factura el mes pasado.

—Sí, pero...

La chica se olvidó de los números, echó la cabeza hacia atrás, dejando suelta su larga melena, y empezó a decir como una ametralladora:

—¡Más! ¡Más! ¡Más!

En aquel momento llamaron a la puerta.

Sigfried Man, el detective privado, dijo:

—¡Diablos!

La honrada mujer que estaba con él gimió:

—¡Mi marido!

—No jorobes. ¿Cómo lo sabes?

—¡Lo noto por el olor a aspirinas!

Sig balbució:

—Pues entonces métete dentro de ese armario. ¡Pronto!

Ella se arregló como pudo, hizo los cien metros lisos y se metió de cabeza en el armario que el distinguido detective le indicaba.

El distinguido detective abrió.

Un tío así de grande y que despedía realmente un inconfundible olor a productos farmacéuticos se coló en el despacho.

—Sig —declaró—, tiene usted que conseguir pruebas para poder divorciarme de mi mujer. —Di... ¡diablos, señor Roland!

—La semana pasada le envié un cheque y desde entonces no he tenido noticias de usted. Es usted un chorizo.

—No hay que ponerse así, señor Roland.

—Exijo resultados inmediatos. Quiero divorciarme y casarme enseguida con una chica llamada Fanny que me trae loco.

—No hable tan alto, señor Roland. Podrían oírle.

—¿Oírme, quién? ¡El despacho está vacío! ¡Y no me extraña, porque me parece que yo he sido su único cliente desde el día de la rendición de Alemania!

—No sé, no sé. Las paredes oyen. Imagine que se entera su mujer.

En realidad, Sigfried Man estaba aterrado al pensar que su cliente número uno, la del «Más, más», iba a enterarse de que le cobraba dinero por conseguir lo mismo que buscaba su cliente número dos, el de la chica llamada Fanny. En fin, que estaba cobrando a los dos por lo mismo, uno a espaldas del otro.

En aquel momento llamaron a la puerta.

El tío dijo:

—¡Infiernos! ¡Mi mujer!

—¿Cómo lo sabe? —¡Huelo su perfume!

No era extraño, porque el perfume, desde luego, llegaba desde el armario cerrado. Sig ahogó una maldición.

Pero las llamadas eran insistentes. Viendo la cara de apuro de Roland, le indicó:

—¡Pronto! ¡Escóndase en el lavabo!

—¿No hay nadie allí?

—¡Nadie! ¡Me lo van a clausurar por falta de pago, de modo que imagínese!

Roland balbució:

—¡Allá voy!

Hizo también los cien metros lisos y se metió de cabeza en la bañera.

Sigfried Man abrió la puerta.

Una chica se coló dentro.

Iba muy escotada.

Casi le salía fuera el pecho izquierdo.

—Vas a pillar un resfriado, Panny —dijo el honesto detective privado.

—Tú te callas. Eres un macarra.

—Ondia, sí que he progresado.

—¿Por qué?

—La semana pasada me llamaste marica.

—Bueno, pues eres un macarra y un marica. ¡Ale, ale y ale! —dijo la tal Fanny, sentándose en una butaca con las piernas abiertas —. Te envié un cheque la semana pasada y aún no me has dicho ni pío.

—Mujer, no ha habido tiempo.

—Lo que no ha habido es vergüenza. Tú sabes que ese fabricante de píldoras baratas llamando Roland quiere casarse conmigo.

—Sí, nena.

—Sabes que antes quiere divorciarse de su mujer.

—Sí, chata.

—Yo te he dado dinero para que aceleres ese divorcio.

—Desde luego —balbució, él, sudando.

—¿Qué te pasa, Sig?

—Nada, nada...

—Bueno, pues a lo que iba. Te he dado pasta larga para que aceleres ese divorcio, pero tú siempre me sales con que es difícil y necesitas más dinero. Dices que ninguno de los dos tiene ganas de divorciarse, cuando a mí Roland me jura todo lo contrario.

Sig necesitó un pañuelo para secarse el sudor.

—Bueno, verás, preciosa... Es que... En fin, yo... Pues como te decía... ¡jejem!

Se estaba preguntando angustiosamente si desde el armario cerrado y desde el lavabo se oiría todo aquello.

Hubiera apostado seis contra uno a que sí.

Pero la casta y honesta Fanny interpretó de otra manera el sudor incontenible del hombre.

—Ya sé lo que te pasa —dijo.

—¿Qué?

—Estás mirando mis piernas. —Pues yo..., yo...

—Eres tonto, Sig. Sabes perfectamente que, una vez me case con ese desgraciado de Roland, continuaremos con lo nuestro.

—Yo... En fin..., ¡jejem!... Lo *nuestro*.

—Me extraña que no me hayas recibido como otras veces, Sig.

—¿Co... cómo te recibía otra veces?

—No entiendo que hayas podido olvidarlo, amor. Diez segundos después de entrar en tu despacho, ya me tenías sobre el diván.

—Ésos eran... otros tiempos, Panny. Yo era más joven.

—Pero, oye, marica..., ¿eras más joven la semana pasada?

Y levantándose de la butaca con gesto insinuante susurró:

—Vamos..., ¿a qué esperas? Hazme feliz.

—Escucha, Panny...

¡PLOP!

El sonido había sido causado por el diván al crujir. De un salto, la honesta y tímida doncella se había dejado caer en él.

—¡Amor!

—¡Nena!

—¡Más, más, más!

Sig se detuvo de pronto porque no sabía bien si aquellas palabras venían de los labios de la excitada Fanny o de la otra mujer encerrada dentro del armario. La verdad era que se estaba haciendo un lío.

Pero al final se convenció de que era Fanny la que lo decía.

Sig empezó a sentirse acorralado.

Si en aquel momento los otros dos salían, allí iba a armarse la batalla de Waterloo.

Pero en aquel momento, cuando estaba en lo peor —aunque

también en lo mejor, todo hay que decirlo—, llamaron a la puerta.

Sig balbució:

—Está visto que hoy no me dejan terminar nada.

La chica gimió:

—Es Roland...

—Imposible, nena.

—¡Pues la mujer de Roland!

—Más imposible aún.

—Pues entonces es alguien que me quiere atizar dos guantazos.

—Eso tal vez sí —murmuró el honesto detective.

—O dos sesiones amorosas.

—¿Ves? Eso también me parece posible.

—¡Tienes que esconderme, Sig!

El miró aterrado en torno suyo.

¿Dónde?

Había un altillo encima del cuarto de baño.

—Puedes esconderte allí, Fanny.

—¿Tan arriba?

—Es el mejor sitio.

—¿Y por qué no me escondo en el cuarto de baño? —No puede ser. Un tío al que debo dinero me ha dejado una serpiente dentro de la bañera.

—¿Y en el armario?

—¡Tampoco! ¡Otro tío al que debo dinero ha conectado a la puerta una bomba de relojería!

—Oye, Sig —balbució ella, aterrada—. ¡Ni que vivieras en la casa de Fu-Manchú!

—Todavía peor, nena. No puedes imaginarte los líos que tengo. Pero mi amor por ti es desinteresado y limpio, de modo que no temas. Escóndete en el altillo y verás como todo va bien.

La sujetó por las piernas y la levantó.

Ella dijo:

—¡Hip! Esta postura es muy incómoda.

—Déjate de monsergas y sube.

—Tendrás que empujarme.

—¿Por dónde?

—¡Por el trasero, animal!

Él lo hizo.

Sonaron una serie de gruñidos.

¡Hiiiiip!

¡Mmmmm...!

¡Chask!

Ya estaba.

Altillo cerrado.

Secándose de nuevo el sudor y pensando que aquella tarde era la tarde de los líos, Sigfried Man se dirigió a la puerta. La abrió intentando sonreír, pues estaba seguro de que se trataba de un acreedor.

Incluso cerró un momento los ojos intentando adivinarlo. ¿Conrad? ¿Porter? ¿Truman? ¿Larry? ¿O quizá el peligroso Nottingham, el corredor de apuestas?

Pero la voz femenina preguntó entonces educadamente:

—¿El señor Sigfried Man, detective privado?

Sigfried Man, detective privado, hombre serio y cumplidor donde los haya, abrió de pronto los ojos.

Y entonces fue cuando la vio por primera vez en su vida.

La chica del «Mustang» rojo.

CAPÍTULO II

UN TRABAJO INSIGNIFICANTE

Bueno, cuando Sig la vio por primera vez no sabía que ella tenía un «Mustang» rojo, pero algo le dijo en el fondo de sus sentimientos que había de tener un coche así. Por lo menos, si él tuviera que anunciar un «Mustang» rojo lo anunciaría poniendo al lado una chica tan descomunal como aquélla.

Porque había que ver la «carrocería» que tenía.

Ríase usted de la «Ford», de la «Chrysler» y de la «General Motors».

Las piernas eran de primera división.

Las caderas estaban pidiendo: «¡Sujetadme!».

Los senos hubieran continuado mirando hacia arriba aunque de cada uno de ellos hubieran colgado un peso de diez kilos.

La boca hacía pensar en todas las perversidades del mundo.

Los ojos eran profundos, claros y quietos.

La larga melena color castaño le caía por encima de los hombros.

Con la misma voz educada de antes preguntó:

—¿Es usted Sigfried Man, detective privado?

—Sí, soy yo mismo.

Notaba que la chica había clavado los ojos en él. Seguro que a la chica le estaba ocurriendo lo mismo. También ella valoraba la carrocería que tenía delante de ella.

Los poderosos músculos de atleta.

Los pectorales de campeón de levantamiento de pesos.

Las largas y flexibles piernas.

La mandíbula enérgica y firme.

La boca extremadamente amable y dulce.

Los ojos duros, pero acostumbrados a reír.

La arquitectura, en fin, de un tipo de los que hacen volver la vista a las mujeres.

—Por favor, pase —musitó Sig.

Ella pasó y se sentó, cruzando las piernas. Llevaba unas medias de primera calidad. Sabía sentarse con elegancia que sólo se enseña en las academias de *ballet*, y en las escuelas diplomáticas. De ella emanaba una distinción especial, aprendida en las más altas esferas de la cultura y el dinero, pero al mismo tiempo palpitaba en su piel una agresividad elemental, directa, tentadora, felina. Era una mujer de esas que las ves durante cinco minutos y ya no las olvidas nunca.

Sig intentó ofrecerle un cigarrillo.

Pero no pudo. La caja de imitación de plata que había sobre la mesa estaba vacía.

Buscó con los ojos algo para ofrecerle un trago.

Pero las dos únicas botellas de *whisky* que había podido comprar eran de marca «El Ataúd» y además, estaban vacías.

La chica se dio cuenta y susurró:

—No se moleste, porque no quiero entretenerle demasiado tiempo. A usted, sin duda, le habrá sorprendido mi visita.

—Sí. No acierto a adivinar ahora... el cliente que ha podido recomendarla.

—No me ha recomendado nadie. He venido aquí por casualidad. Buscaba un sitio para esconderme y de pronto me he encontrado con el *parking* que hay abajo. Sé de sobra que en esos sitios las plazas están numeradas, de modo que he tenido que buscar una excusa para que el empleado me permitiera dejar el coche.

—Y ha dicho que venía a verme a mí. ¿Pero por qué lo ha dicho, si no me conocía?

—Por pura casualidad. En el panel luminoso que indica la situación de los inquilinos he visto los nombres de un arquitecto, un ingeniero nuclear, un dentista... Horrible. Pero al fin he visto el nombre de usted. Y he pensado que no sólo esquivaba a mis perseguidores escondiendo el coche en el *parking*, sino que quizá la casualidad estaba viniendo también en mi ayuda.

Sig tomó asiento frente a ella lentamente. No quiso mirarle las

piernas, pero aquello, demonios, era un imán.

—¿Es que la persiguen? —musitó.

—Sí.

—¿Quiénes?

—Dos hombres.

—¿Y por qué no ha acudido a la policía?

—El Precinto más cercano cae a bastante distancia de aquí. Me hubieran alcanzado mucho antes.

—Me refiero a una pareja de agentes de los que montan guardia en las esquinas. Seguro que ha pasado por delante de algunos de ellos.

—Podían haberme matado perfectamente mientras hablaba con ellos. No es sistema. El único sistema seguro que tenía para salvar mi piel consistía en no dejarme atrapar.

El encontró al fin un cigarrillo, después de hurgar en sus bolsillos. Se lo puso entre los labios, pero no se acordó de encenderlo.

—¿Cómo se llama usted? —musitó.

—Lilian.

—¿Por qué la persiguen?

—Es un viejo asunto que quizá usted no entendería —susurró ella tras una leve pausa.

—De todos modos, puede explicármelo. Eh este cochino oficio que tengo, mi especialidad es enterarme de cosas que no me interesan.

—De acuerdo, pero no se lo explicaré, señor Sigfried Man —dijo ella, haciendo un mohín—. No he venido aquí para contratar sus servicios, sino para librarme de dos asesinos que me perseguían. El asunto es demasiado importante para que yo se lo cuente a usted o a cualquier otra persona de la ciudad.

El cabeceó con un gesto pesimista.

Claro, era cierto. Los asuntos importantes de verdad no se le explican a un detective privado de tres al cuarto.

—Pero, de una forma u otra, no se desanime. Tiene usted la oportunidad de ganar algún dólar, señor Man —dijo ella haciendo otro de sus deliciosos mohines.

—No le he pedido nada. Si lo que usted desea es permanecer un rato aquí para ocultarse, no le voy a cobrar por eso.

—Aun así le pagaría, señor Man, porque usted corre un peligro del que quizá no se ha dado cuenta. Pero hay algo más.

—¿Algo más...? —susurró él.

—Le acabo de decir que se puede ganar algún dólar.

—Y yo le acabo de decir que no lo necesito.

Con un gesto lleno de elegancia, con uno de esos gestos que sólo tienen las mujeres que han aprendido en la mejor escuela, ella se desprendió del anillo que llevaba en uno de los dedos de la mano izquierda. Era un anillo de oro con un grueso brillante, pero Sig lo clasificó enseguida: «Chatarra».

Excepto sus fantásticas curvas, todo lo demás debía ser falso en aquella extraña mujer. Y, por supuesto, era falso el espectacular anillo.

—Tome, señor Man —musitó ella—. Se lo regalo en pago de sus servicios.

—¿Qué servicios?

—Usted me ha atendido en su despacho y se ha arriesgado bastante, aunque no lo sepa. Lo menos que puedo hacer es pagarle con lo que tengo más a mano, ya que dinero, lo que se dice dinero, apenas lo llevo encima. Usted ya sabe que no suele llevar demasiados billetes una mujer que va a casarse.

El abrió mucho la boca.

De pronto tuvo la sensación de que allí había algo que no encajaba.

Todo era tan extraño, tan irreal como un sueño.

Con voz opaca balbució.

—¿Va a casarse?

—Sí. Ahora mismo.

—¿Y mientras iba hacia su propia boda han intentado matarla?

—Eso hubiera sido lo más lamentable, señor Man. Sobre todo para el novio. Imagine usted lo que se hubiese perdido.

Y alzó la falda hasta arriba con el mayor desenfado. Sig se dio cuenta de que los ojos le bailaban dentro de las órbitas.

Lo que estaba viendo era increíble.

No esas líneas de diosa.

No esos muslos.

Sig se dio cuenta de que nunca había visto una mujer así.

Y maldijo al novio. Envidia puñetera.

La propia voz de Lilian le pareció irreal cuando ella musitó:

—¿Se da cuenta de la barbaridad de cosas que se hubiera perdido si llegan a matarme, señor Man? Por eso tiene tanto valor lo que usted ha hecho.

Y dirigiéndose a la puerta, añadió:

—Perdone que no le invite a la boda. Es sólo para personas de primera clase. Dio media vuelta y salió. —Ya se había bajado la falda.

Sig permaneció todavía unos minutos alelado, mirando hacia la puerta, como si no comprendiera lo que estaba ocurriendo, hasta que al fin recordó que tenía tres personas escondidas en tres sitios distintos de su despacho. Por eso guardó el anillo, aun sabiendo que no valía nada, y gritó, mirando hacia los tres sitios a la vez:

—¡Ya podéis saliiiiir!...

Mientras tanto, y por si acaso, él se metió debajo de la mesa.

CAPÍTULO III

LA BODA DE LILIAN GRAY

La fantástica mujer que acababa de dejar el despacho no volvió al *parking* para recoger su bólido rojo, pues estaba segura de que sus perseguidores aún seguían dando vueltas por toda la parte sur de Manhattan, husmeando el sitio en que podían haberla perdido. Pensó que más tarde ya daría una propina al encargado por habérselo tenido allí, y mientras tanto tomó un taxi para dirigirse a Riverside Drive, cerca de donde se encuentra el Memorial al general Grant.

Aquél es un buen sitio, sí, señor.

Apartamentos caros.

Algunas zonas ajardinadas donde juegan los niños y donde quizá se puede ligar con las mamás de los niños.

Hermosas vistas sobre el Hudson.

Atracos a manta en cuanto cae la noche.

Pero todavía no había caído la noche del todo cuando Lilian llegó allí, de modo que no había peligro. Ella se apeó, pagó la carrera y se dirigió a pie, andando con la majestad de una reina, hacia el sitio donde se iba a celebrar su boda.

Era también un buen sitio, sí, señor.

Un sitio ideal para casarse.

El rótulo de letras doradas sobre fondo negro lo decía bien claro en la puerta:

«FUNERARIA DONOVAN».

Pero era una funeraria de primera clase, oigan, avanzando sobre

sus altísimos tacones, que la hacían parecer una diosa sobre un pedestal, Lilian atravesó los umbrales de aquella especie de panteón del Más Allá. Lo primero que pudo ver fue la gran sala, ahora vacía rigurosamente tapizada con moqueta color lila, y en la cual había un mostrador de madera noble con un catálogo de ataúdes abierto por la página central. En ella se veía reproducida una inmensa caja de bronce con este anuncio: *«Modelo Tutankhamen. Para los que saben que también hay una élite entre los difuntos»*.

Más allá había flores artificiales. Había coronas de distintos tamaños. Había fotografías de pequeños panteones que uno podía comprar en el cementerio de Brooklyn en cómodos plazos.

Pero aquella chica sensacional que hubiera hecho girar la vista incluso a un muerto, no prestó atención a detalles tan vulgares. Atravesando una puerta, llegó a una sala alumbrada por tubos de neón y que tenía un aspecto más espectral todavía.

Allí había mesas para autopsias.

Había frascos de alcohol y de formol con piezas anatómicas.

Todo estaba limpio, impecable, pero en el aire flotaba un olor mortuario.

Costaba respirar allí.

Era como si uno respirara la propia muerte.

Aquella diosa de carne, aquella reina del sexo que parecía inmortal, atravesó una nueva puerta situada al fondo de la sala. Y entonces todo cambió.

Música.

Luz estallante.

Mesas magníficamente servidas.

Montañas de frutas exóticas, de canapés servidos por la cadena «Sheraton», de botellas que parecían recién llegadas en las bodegas del «France», de orquídeas traídas de Colombo, de pasteles hechos por reposteros vieneses, de platitos terminados por cocineros chinos que habían hecho de la paciencia un arte. Todo eso estaba allí, a la vista, más allá de los ataúdes y de la moqueta color lila, más allá del misterio y de la muerte. Porque Lilian acababa de entrar en otro mundo hecho de alegría y de felicidad, en ese mundo de los que también van a morir, pero tienen el suficiente dinero para olvidarse de todo lo que no sea la vida.

Había penetrado en ese nuevo mundo sólo con atravesar una

puerta.

Docenas de hombres y mujeres se habían reunido allí. Eran lo más selecto de Nueva York en el terreno de las finanzas, de los negocios y de las grandes empresas. Hubiera sido inútil tratar de encontrar allí a grandes literatos, grandes músicos o grandes pintores, pero nadie los echaba en falta porque allí se encontraban, en cambio, grandes millonarios. También algunos políticos oportunistas, de esos que siempre van detrás de la pasta larga, se movían entre las mesas.

Y, sobre todo, había fotógrafos, muchos fotógrafos de todas las revistas mundanas del país. Nada más entrar, la muchacha se vio deslumbrada por el resplandor de los *flashes*, que no la dejaban mirar a ninguna parte.

Dos fuertes manos la estrecharon entonces por los hombros.

Ella echó la cabeza hacia atrás, mientras suspiraba con alivio.

Aquellas manos eran la seguridad, eran la paz. Entre ellas se sentía tranquila.

El hombre que había acudido a su encuentro ya no era demasiado joven, pero conservaba enteramente el buen aspecto de la juventud. Eso no resultaba extraño porque Donovan jugaba al polo, practicaba la natación, era cliente de las pistas de esquí de Chamonix, tenía un profesor de gimnasia y un equipo de masajistas que le mantenían siempre en la mejor forma.

Donovan era una de las principales fortunas del estado de Nueva York.

Tampoco eso resultaba extraño.

Poseía una cadena de funerarias, y las funerarias dejan buenos beneficios, aunque la gente piense lo contrario.

Poseía *una cadena de restaurantes, donde algunos desaprensivos* murmuraban que se cocinaba carne de los muertos.

Poseía una cadena de moteles donde se hacía el amor a más y mejor. Debido a tales excesos, más de un cliente de los moteles había pasado por la vía rápida a ser cliente de las funerarias.

Poseía una cadena de supermercados.

Poseía acciones y cuenta de participación en los mejores establecimientos hoteleros de Europa, desde Estoril a Baden-Baden, desde Budapest a Bremen, desde Madrid a Varsovia.

Poseía un Banco.

Poseía un equipo de expertos contables que le ayudaban a evadir impuestos.

Y ahora iba a poseer a Lilian Gray, después de haber poseído, se suponía, a las mujeres más hermosas de América.

Lilian musitó:

—Cariño...

Y se dejó besar por él.

La preciosa mujer cerró un momento los ojos mientras sonaban los aplausos y todo parecía dar vueltas en torno suyo.

Bien... Al final, Lilian lo había conseguido, después de una vida azarosa. Había conseguido el dinero, lo cual siempre tiene importancia, pero además también iban a ser suyas la seguridad y la paz. Después de tantas y tantas cosas que le habían ocurrido en este mundo, era lo que más necesitaba.

Un reportero de una revista mundana se acercó entonces a los dos.

—¿Por qué ha querido celebrar la boda aquí, señor Donovan, junto a una de sus funerarias?

Donovan sonrió mientras se alisaba maquinalmente, un momento, sus cabellos grises.

—Lo de la funeraria es pura casualidad —contestó—. Ésta es la mejor casa que poseo en Nueva York, aunque en la parte de atrás del edificio se encuentre instalado uno de mis negocios, que es la funeraria más lujosa de toda la ciudad. Pero ya que usted me hace esa pregunta tan directa le diré que, en efecto, me gustan los contrastes. Sí... Tiene algo de mágico celebrar una fiesta de felicidad al lado mismo de una funeraria.

Y, tomando a su prometida por el brazo, se dirigieron los dos hacia el juez que se hallaba tras una mesa, al fondo de la sala.

En la funeraria contigua no había ningún muerto en aquellos momentos, pero hay que reconocer qué Donovan era un hombre generoso. Si llega a haber alguno, lo hubiese invitado a la ceremonia.

* * *

Todo era como un sueño tranquilo.

Para Lilian Gray, instalada en el asiento posterior del lujoso

«Mercedes», empezaba la primera etapa de la vida que en el fondo siempre deseó. Después de conocer el hambre en su niñez, después de conocer en su adolescencia la parte más miserable del sexo, después de conocer en la juventud todos los peligros, podía ahora iniciar una existencia serena, plácida, cuando su edad se acercaba a la curva de los treinta años.

Donovan, un hombre ya maduro, le proporcionaría la estabilidad económica, el descanso merecido, la serenidad que hasta entonces nunca pudo tener. Donovan, a su lado en el asiento del «Mercedes», era el principio de una nueva vida.

Una mano del hombre paseó audazmente por entre sus piernas, llegando hasta la morbidez de los muslos.

—Tonto... —dijo ella—. No te impacientes. Todo esto lo tendrás dentro de unos minutos.

Donovan sonrió.

El «Mercedes», conducido por su chófer de confianza, devoraba la autopista.

La boda había sido tan rápida como el paso fugaz del coche. Apenas celebrada, se habían largado los dos, dejando a los invitados entre montañas de caviar y entre docenas de botellas de champaña «Taitinger», para que lo pasaran en grande. Porque para pasarlo en grande ellos dos, les bastaba con cosas bastante más baratas, con cosas que hasta el más miserable tiene.

—Vamos a mi casa de Albany —dijo él—. No recuerdo si te lo dije. Es el sitio ideal para pasar un par de días de descanso.

—¿De descanso? —preguntó ella con malicia.

La casa, en efecto, era estupenda para una cita de amor. Ni siquiera la niebla baja de aquella noche le quitaba belleza. Con todas las luces encendidas, con un porche que era digno de una embajada, con un jardín silencioso que la rodeaba por completo, ninguna mujer hubiese podido soñar un sitio mejor para su noche de bodas. Y más teniendo en cuenta que, en virtud del contrato matrimonial que habían firmado, aquella deliciosa casa también pertenecía a Lilian.

Pasaron enseguida al interior. El servicio estaba formado por tres hombres jóvenes y fuertes, aparte de una mujer muy hermosa, de aspecto más bien atlético. Como Donovan era un hombre rico que necesitaba siempre un equipo de protección, la presencia de

todas aquellas personas no resultaba extraña ni siquiera en una noche de bodas.

El bisbiseó:

—Vamos, Lilian.

Se le notaba impaciente.

Ansioso.

En aquella mujer adorable, en aquella ex aventurera había mil secretos que él ansiaba desvelar.

El dormitorio era espléndido.

La cama era tan rica y tan ancha que parecía la cama de un harén.

Donovan balbució:

—Vida mía...

Tenía la voz pastosa.

Pero sus manos y todo lo demás no fueron cosas pastosas, sino tremendamente sólidas. Lilian se abandonó mientras él la besaba rabiosamente, con una especie de ansia secreta y largo tiempo contenida; cuando le juraba que siempre había deseado aquel momento.

Sí. Lilian se abandonó.

Había conocido a otros hombres antes que aquél.

No era una ingenua. No era una niña.

Pero en Donovan había un ansia de posesión, una impaciencia, un hambre de piel femenina que a Lilian le causaban placer.

Notaba sus manos.

Dos manos frenéticas, ávidas.

¿Dos manos...?

De pronto ella abrió los ojos, mientras un sobresalto brutal la recorría por completo.

Porque hubiese jurado que las manos que la tocaban no eran ahora dos, sino cuatro.

Y que las otras dos que acababan de posarse sobre su cuerpo eran las manos de una mujer.

CAPÍTULO IV

UN OSCURO MUNDO

Hay cosas que se notan sin verlas, cosas que no tienen explicación quizá porque no necesitan palabras. Pero Lilian notó que eran las manos de una mujer por su especial suavidad y por su menor tamaño, y a partir de aquel momento todo dejó de tener sentido para ella. A partir de aquel momento supo que el mundo había empezado a girar al revés, que nada tenía lógica y que ella acababa de traspasar los umbrales del infierno.

Porque, al volver la cabeza, vio que, efectivamente, se trataba de una mujer.

Era la sirvienta joven, guapa y de complexión atlética que le fue presentada en la entrada de la casa.

Tenía la expresión ansiosa de la mujer que siente placer hasta en las entrañas.

La mirada perdida.

Nada de especial. Se dice que hay miles como ella en el mundo... ¿Pero allí? ¿Y su marido?

Una especie de nube pasó por el cerebro de Lilian dejándola sin conocimiento, sin aliento y casi sin fuerzas. Porque de pronto se dio cuenta de que Donovan se había apartado para dejarle su sitio a aquella mujer. Porque de pronto Lilian se dio cuenta también... ¡de que no podía moverse porque cuatro hombres la sujetaban!

¡Los tres criados y el chófer!

¡Era algo sin sentido! ¡No podía ser verdad!

¡Estaba viviendo una pesadilla!

Pero las pesadillas son ciertas muchas veces, y ésta lo era.

Mientras aquellos hombres la sujetaban, la sirvienta tomaba una parte activa en aquel atropello miserable, Lilian chilló con todas sus fuerzas, con toda su alma, mientras la invadía un estremecimiento de horror.

Porque se dio cuenta de que nadie podía oírla.

De que estaba prisionera en aquella casa, a solas con una pandilla de verdugos.

Donovan, que lo estaba contemplando todo, preguntó:

—¿Satisfecha, Olga?

La aludida asintió lentamente, con expresión de pesadumbre, mientras decía entrecortadamente:

—Sí...

—Entonces ahora tú, Reg.

El hombre que había conducido el «Mercedes» hasta allí saltó como una fiera.

La mujer chillaba desesperadamente.

No era asco al contacto físico, era... ¡ERA MIEDO A ALGO PEOR!
¡Porque de pronto se daba cuenta de que realmente acababa de entrar en el infierno!

Cuando aquel hombre terminó, se sucedieron los otros tres. Lilian ya ni siquiera chillaba, y de su garganta apenas brotaban unos gemidos roncós.

Olga cerró, a su manera, el terrible castigo.

Y, mientras tanto, Donovan lo miraba todo con expresión analítica, con expresión indiferente, como si aquello fuera un simple experimento hecho con «materiales» humanos. Eso era lo peor. Eso era lo que más aterraba a Lilian, porque ahora podía darse cuenta de que todo aquello obedecía a un plan, de que Donovan... ¡sabía lo que se hacía!

Cuando todos acabaron, ella estaba exhausta.

De su boca escapaba un leve estertor.

Donovan dijo fríamente:

—Bien. Sacadla de aquí.

Destrozada como estaba, la sacaron a rastras sin que Lilian hiciese nada por impedirlo. Realmente, entre el asombro del miedo y la fatiga, no le quedaban ya fuerzas.

Atravesaron por una habitación que estaba adornada con auténticas alfombras persas.

Cruzaron una puerta.

Y entonces ella captó un zumbido extraño, un zumbido que en el primer momento no supo identificar, pero que poco a poco se fue metiendo en su cerebro como una obsesión y como una nueva pesadilla.

Cuando vio aquel objeto lanzó, entonces, el grito más horrible, más espasmódico que ha brotado jamás de la garganta de una mujer.

Porque era una sierra mecánica. Una de esas gigantescas sierras de industria maderera que parten los más gigantescos troncos en pocos segundos.

¡Y estaba funcionando a toda presión!

Era una sierra destinada a... ¡A ELLA!

Como si quisieran enseñarle su siniestro funcionamiento, el propio Donovan hizo pasar un tronco por la afilada hoja de mil dientes. El tronco quedó instantáneamente partido por la mitad mientras al aire saltaban siniestramente las virutas.

Y Lilian supo enseguida qué clase de «virutas» saltarían a continuación.

El grito espasmódico, brutal, terminó de romperle la garganta.

Notó que la subían a la tabla deslizante.

Con todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma gritó:

—¡Noooooo!...

Fue su último grito.

Por suerte para ella, ya había perdido el conocimiento y ya no se dio cuenta de nada.

CAPÍTULO V

LO SIENTO POR TU PELLEJO

Cuando Sigfried Man, detective privado de alta categoría, hombre distinguido donde los haya, salió de aquel mísero dispensario municipal de la Lower Bay, volvía a flotar sobre Manhattan la niebla baja.

Su cuerpo era una especie de catálogo viviente de los éxitos profesionales que acababa de cosechar. Por ejemplo, y a pesar de que en el despacho se había metido bajo la mesa cuando los tres escondites se abrieron a la vez, la verdad fue que el marido por poco le arranca a lo vivo una oreja, concretamente la derecha. La verdad fue que una de las mujeres había tratado de operarle el hígado sin anestesia. La verdad fue que la otra le había abierto una brecha encima de una ceja.

Y de eso venía ahora Sig: de ponerse unos puntos de sutura y un esparadrapo en uno de los miserables dispensarios públicos de la Lower Bay, donde van los borrachos a que les den un poco de amoniaco y donde van las *hippies* a dar a luz, de vez en cuando. Ni que decir tiene que en esos sitios hay que entrar con muchísimo cuidado, porque a veces le dan el amoníaco a la *hippy* y le hacen la cesárea al borracho.

Pero al pesquisa más distinguido de Nueva York le habían puesto los puntos de sutura en su sitio y el esparadrapo sobre la ceja izquierda. Cuando salió de allí, tenía un cierto aspecto de boxeador tronado que acaba de perder su último combate.

Para animarse, entró en uno de esos bares tristísimos que caen cerca de la bahía, hacia la Avenida Once. Un público de tipos que

no habían dormido, de prostitutas baratas sin clientela y de vendedores de periódicos que no había vendido ni un solo ejemplar le recibió con confianza, porque, al fin y al cabo, Sig era uno de los suyos. Tampoco él vendía una escoba últimamente.

Pidió un *bourbon* doble.

Estuvo a punto de vomitarlo.

Pero, ya que lo había pagado, se lo tragó.

La televisión funcionaba en un ángulo del cuchitril, muy cerca de donde una prostituta vieja hacía tratos con un tío. El reportaje de urgencia que estaba dando el canal dedicado a Sucesos, resultaba estremecedor.

Pedazos por todas partes.

Pedazos de mujer aparecidos bajo el puente de Brooklyn.

Pedazos de mujer aparecidos en el sitio más miserable, en los *slums* portuarios de la Avenida Doce.

Pedazos de mujer aparecidos en el sitio más elegante, en Madison Avenue, donde tienen sus oficinas los privilegiados de este mundo.

Pedazos de mujer en todas partes, flotando en el Hudson, frente al Estadio de los Yanquis, y flotando en el río Harlem, frente a los enormes bloques de la Seguridad Social, a los que suben los renqueantes autobuses desde la Quinta Avenida.

Pedazos de mujer joven y tierna, seguramente comestible.

El efecto que la televisión en color daba a las imágenes sangrantes, hubiera hecho revolver el estómago al mismísimo Calígula.

La gente del tugurio había dejado de beber.

El dueño no se acordaba de cobrar.

La furcia veterana no había conseguido convencer a su cliente.

Los comentarios crecían y crecían:

—Ésa es la salvajada mayor de este año.

—Y oíd lo que dice la televisión: que la han cortado con una sierra mecánica.

—Y algo estremecedor debe haber en la cabeza, porque no la enseñan.

—O quizá es que no ha aparecido.

—Oíd, a mí se me revuelve el estómago.

—¡Y pensar que aquí está suprimida la pena de muerte!

—Chicos, ya no sé en qué país vivimos.

—Oíd, dejadme telefonear a casa.

—¿Para qué?

—Para saber si está mi mujer. ¿Os imagináis que no estuviera? ¿Os imagináis que fuera ésa? ¡Chicos, qué suerte! ¡Chicos, qué leche!

—Mira, macho, no te hagas ilusiones porque ella no puede ser. Tu mujer nunca ha tenido esa piel tan fina.

—¿Y tú qué sabes?

—¡Hombre...!

Sig no aguantó más.

Se le revolvía el estómago.

De todos modos aquél era un crimen en el que él no iba a intervenir, porque nadie se dejaría caer por su despacho para encargarle de las investigaciones. Los asuntos grandes, los que salen por la tele, no iban a parar a él. Si en lugar de descuartizar a una mujer llegan a descuartizar, por ejemplo, a un gato, la cosa sería distinta. Tal vez la dueña del ex gato se dejaría caer por su despacho para que Sigfried Man, detective privado, escribiera al menos una carta de protesta.

Pero ni así.

Por lo tanto decidió olvidarlo.

Casi cada mes, al fin y al cabo, hay en Nueva York un criminal sádico que, después de pasar la noche con una mujer, le demuestra su eterno amor descuartizándola.

Al diablo.

Olvido eterno para los muertos.

Subió por Broadway y, en uno de esos miserables quioscos verdes que abundan por las esquinas de Nueva York, compró el periódico. En una de las páginas interiores, en la sección de «Sociedad», podía verse la fotografía de una mujer y un hombre.

Al tipo no lo conocía Sig.

Ni ganas.

Pero a la chica sí.

Podía aún recordar sus piernas fastuosas. Sus labios hechos para el amor. Su extraña despedida.

El pie de foto hablaba de que el rico industrial Bart Donovan y la hermosa señorita Lilian Gray habían contraído matrimonio civil

en la residencia que Donovan tenía en Riverside Drive. Después de una brillante fiesta social, los novios se habían retirado a la intimidad, proyectando un día después emprender un viaje por distintas capitales de Europa.

Bueno, lo mismito que hacen bastantes negros de Harlem.

También se retiran a la intimidad después de la boda, proyectando para el día siguiente no un viaje por diversas capitales europeas, pero sí un paseo a todo tren por diversas calles de Manhattan.

Sig arrugó el periódico.

Bueno, otra vez la envidia puñetera.

La chica estaría, ahora; en compañía de otro.

Eso le hizo recordar que tenía un anillo que era pura chatarra, y que lo lógico era devolverlo. Por lo tanto se metió en otro bar tan infecto como el anterior y pidió un vaso de ron mientras miraba en la guía telefónica.

Sí, allí estaba.

El nombre de Bart Donovan y la dirección de Reverside Drive.

Para llegar hasta allí, Sig contrató los servicios de un distinguido taxista que estaba dale que dale mientras leía una revista «pomo».

Sig preguntó, educadamente:

—¿Espero a que termine?

—Sí, pero tendrá que ser con el contador en marcha.

Sig se resignó. Se apoyó de espaldas en el taxi mientras volvía a leer el periódico.

Los placeres de la gran ciudad son infinitos. Siempre se encuentra gente que se desvive por servirle a uno.

El taxista gruñó:

—Bueno, suba. Y otro día a ver si no estorba en el peor momento.

—No lo volveré a hacer —prometió Sig—. Perdone. ¿Ha ido bien?

—*Pché...* Esas revistas todas son lo mismo.

—Sí, ya se sabe —dijo el pesquiza cautelosamente.

—¿Quiere verla? Así se distraerá mientras viaja.

—Bueno... No hay inconveniente.

Se la pasó por encima del asiento.

Sig la abrió.

¡Y vio que era una revista de tíos!

—Oiga... —gimió—. Mire... He cambiado de intención. Me apeo en la primera esquina.

Y salió disparado.

Fue a pie hasta la parte alta de Riverside Drive, pero siempre es mejor ir a pie que no poder andar en una semana.

Vio la funeraria Donovan.

Estaba cerrada.

Vio la residencia Donovan.

Estaba cerrada.

Bueno, no dejaba de ser natural, teniendo en cuenta que el dueño de todo aquello tenía cosas más importantes que hacer. Y seguramente había dado a sus empleados un día extra de fiesta.

Sig movió la cabeza con contrariedad, porque realmente le hubiera gustado devolver aquel anillo de una manera discreta y fina. Por ejemplo arrojándolo a través de la ventana del dormitorio de la pareja.

Lo palpó en su bolsillo y se preguntó cuánto podía valer. Estaba seguro de que era pura filfa, pero por pura curiosidad entró en una joyería de la Avenida Cuatro.

El tasador echó una mirada de soslayo a Sig.

—Aquí no tasamos bisutería —dijo—. Si quiere, puede ir a los almacenes Sears.

—No se trata de bisutería —explicó el pesquiza—. Quizá tenga un cierto valor. Échele un vistazo si no hay inconveniente.

El joyero se caló el anteojito profesional y miró el anillo.

De pronto se puso verde.

Sacudió la cabeza.

Se puso amarillo.

Se caló el anteojito, mejor. Gimió:

—¡Pronto, un teléfono!

—¿Para qué? —preguntó Sig.

—¡Para llamar a la policía!

—No he robado ese anillo, de modo que puede ahorrarse el trabajo —objetó Sig—. Además, tiene poco valor.

—¿Que tiene poco valor? ¡Desgraciado! ¿Dice que tiene poco valor? ¡Este anillo se aproxima a los cien mil dólares!

Ahora el que vaciló fue Sig.

Gimió a su vez:

—¡Pronto, un teléfono!

—¿Para qué?

—¡Para llamar una ambulancia!

El vigilante del establecimiento se acercó con la derecha sobre el revólver.

—¿Qué pasa, señor? —preguntó al joyero—. ¿Es un ladrón? ¿Quiere que lo detenga? ¿Lo trinco aquí mismo?

Sig mostró su credencial de detective privado.

—No soy un ladrón —musitó—. Este anillo pertenece a un cliente.

—Pues no sabe usted lo que lleva encima —musitó el joyero, cambiando de actitud—. Es un brillante fuera de serie. Si no tiene un sitio seguro donde guardarlo, nosotros podemos ofrecerle los servicios de nuestra caja fuerte.

—No, gracias... —balbució Sig—. Prefiero conservarlo porque el cliente me lo puede reclamar en cualquier momento. ¿Cuánto le debo por la tasación?

—Nada... Pero oiga, si su cliente quiere desprenderse de este anillo, dígame que nos gustaría mucho entrar en tratos con él.

Sig murmuró algo ininteligible.

Y salió.

No se dio cuenta de que un coche le estaba esperando muy cerca de la puerta.

No se dio cuenta tampoco de que era un «Zephyr» azul, reluciente, nuevo, perfecto. Un «Zephyr» de pelotas, Como para llevárselo al cementerio.

CAPÍTULO VI

PASOS HACIA LA TUMBA

Sig tomó un autobús hasta la parte sur de Manhattan, donde tenía su despacho. Durante todo el trayecto, su cerebro pareció flotar entre una especie de niebla.

No se dio cuenta de nada, y mucho menos de que un moderno «Zephyr» azul iba siguiendo al autobús tenazmente, hasta el extremo de detenerse también en todas las paradas.

Al fin tomó una decisión.

Volvería a Riverside Drive, indagaría el paradero de Donovan — que no podía estar aún muy lejos— y trataría de llegar hasta su nueva esposa. Una vez ante ella, le devolvería el anillo, pero tratando de averiguar por qué había querido desprenderse de él.

Sig continuó pensando.

Puesto que se le echaban encima unas horas de intenso movimiento, iba a necesitar su coche, un bólido de su exclusiva propiedad.

Un gran coche, oiga.

Un «Pontiac» del año 55, del que sólo se llegaron a fabricar diez mil ejemplares por qué se comprobó que a todos les fallaban los frenos y que perdían aceite por las juntas de la culata.

Tan distinguido coche estaba también en un distinguido *parking* al aire libre.

El encargado le permitía a Sig tener su bólido allí por diez dólares al mes. Y Sig lo tenía allí con toda confianza porque no había peligro de que el otro, ni por error, consiguiera vendérselo.

Sig entró en el *parking*.

Se acercó al fondo del local.

El «Zephyr» azul se coló entonces silenciosamente.

Sig únicamente lo oyó cuando lo tenía muy cerca, pues el ruido de seda del motor resultaba difícilmente perceptible.

Se volvió.

Pensó entonces que los que llegaban eran compradores de chatarra.

Pero los dos hombres se acercaron silenciosamente.

Sig los miró.

Buenos trajes.

Buenos puños.

Buenas caras de mala baba.

Pero Sig aún continuaba creyendo que eran compradores de chatarra. Mientras señalaba hacia la salida del recinto, murmuró:

—Si quieren comprar este coche, les advierto que no está en venta. Es un ejemplar único, porque ningún otro de este modelo ha conseguido llegar entero a los diez mil kilómetros. Vayan al encargado que hay en la garita de la entrada y él les dirá lo que pueden comprar.

Los dientes de uno de aquellos tipos chirriaron ominosamente.

—El encargado de la entrada tardará diez minutos en despertar —dijo—. Y nosotros no necesitamos más tiempo que ése.

Uno por cada lado, avanzaron hacia él.

Sig tragó saliva.

—Si les explico el estado de mi cuenta corriente me van a dar limosna, amigos —suspiró—. Vayan a morder a otro perro.

—El único perro eres tú, muchacho.

El pesquisa rascó una pata con otra como si quisiera expulsar una pulga.

—¿Sí? —musitó.

—Sí. Después de perder la pista del «Mustang» rojo en una zona muy pequeña, estuvimos dando una batida por todos los aparcamientos y garajes de esa zona, fueran privados o públicos. Al final lo encontramos porque la muy imbécil aún lo había dejado allí.

—¿La muy imbécil...? —preguntó él con presión interrogante.

—Sí. Lilian Gray.

Sig tensó los labios.

Pero no dijo una palabra.

Los dos tipos estaban a sólo un paso de distancia, mirándole socarronamente, como a una rata enjaulada a la que pensarán matar.

—El encargado del *parking* no tuvo el menor inconveniente en decir que te había visitado a ti —continuó uno de los desconocidos—, y por eso te hemos estado siguiendo los pasos hasta llegar a un buen sitio.

—¿Un buen sitio para qué? —susurró el pesquisa.

—Para quitarte el anillo que ella te debió dar. Tú eres una de las dos únicas personas que pueden tenerlo.

Sig echó levemente la cabeza hacia atrás.

—¿Es por el dinero que vale? —preguntó con voz opaca—. ¿Solamente por eso la perseguisteis para matarla?

—No —dijo uno de los dos esbirros—. No es por el dinero que vale.

Y no perdió más tiempo.

Fue el primero en sacar la pistola con silenciador. Buen viaje al infierno para Sig. Moriría dignamente junto a su cacharro comprado a plazos.

Pero Sig no se estuvo quieto.

Ya se había dado cuenta de cuál era la verdadera situación, por increíble que en aquel primer momento le pareciese. Sólo le quedaban unos segundos de vida.

Apoyando la espalda en el coche para poder hacer más fuerza, levantó la pierna derecha y propinó un salvaje puntapié a la mano armada de su enemigo. La «Walther» con silenciador acoplado saltó mientras su dueño lanzaba una maldición.

Pero aquel tipo era un profesional. Reaccionó con la velocidad del rayo.

Se dio cuenta de que tenía que inmovilizar a Sig para que el otro pudiera sacar la pistola también y disparar cómodamente.

Se lanzó sobre el pesquisa.

Pero el gancho que recibió en la mandíbula hizo que su movimiento produjera el efecto radicalmente contrario. El tipo salió despedido hacia atrás como un fardo, chocó con su propio compañero y estuvieron a punto de caer los dos.

Sig se dio cuenta de que sólo disponía de unos segundos si

quería seguir viviendo. Por eso siguió el movimiento de los dos hombres y volvió a estar encima de ellos mientras los otros aún vacilaban.

Vio la mano armada con la segunda pistola con silenciador.

Sig propinó un terrible golpe de karate a la muñeca de su enemigo, haciendo que soltara el arma. Inmediatamente aquel tipo se cogió en la madre de Sig.

Sig se cogió en la madre de aquel tipo.

Pero la madre de Sig debía estar más gorda.

Porque el guantazo que Sig le arreó fue mucho más temible que el guantazo que el otro le arreó a él. Se oyó el crujido de las dos mandíbulas mientras una de ellas saltaba hecha pedazos.

Nunca Sig había pegado tan fuerte. Con tanta rabia y al mismo tiempo con tanta desesperación.

Vio a su enemigo caer sobre el capó del «Zephyr». Mientras tanto, el otro se inclinaba para recoger una de las pistolas caídas.

Puso la cabeza demasiado bien.

La situó a la altura de uno de los pies de Sig.

Mal asunto.

Sonó un terrible trallazo. La cabeza de aquel tipo pareció estallar. Pero aún no estaba vencido, ni mucho menos. Consiguió hacerse con una de las pistolas. Giró el cuerpo. No debía ver apenas. Sus ojos estaban nublados.

Por eso tal vez no se dio cuenta de que el pie de Sig volvía directamente hacia su cabeza. No llegó a apartarla a tiempo.

Y el segundo impacto fue definitivo. El pistolero, todavía en cuclillas, giró sobre sí mismo para terminar estrellándose contra la carrocería del «Zephyr».

Ya no se movió más.

Ahora sí que sus ojos estaban terriblemente blancos.

Sig miró al otro.

Pudo ver que se sujetaba la mandíbula con una mano mientras con la otra abría la portezuela del coche. Dentro, en la guantera, había un revólver «Magnum» cargado con seis balas. Consiguió sacarlo.

Desde el interior, revolviéndose, disparó dos veces hacia Sig. En el cristal se dibujaron dos orificios y unas violentas telas de araña, mientras el pesquiza se arrojaba sobre el capó, ladeando la cabeza.

Su enemigo asomó entonces por encima del volante. Apuntó rabiosamente porque tenía a Sig al otro lado del capó.

Sonó un estampido.

El parabrisas formó también instantáneamente una confusa tela de araña. El balazo lo atravesó.

Pero por la parte de fuera, o por la parte de dentro. La «Walther» con silenciador que ahora Sig tenía en la mano había sido unas décimas de segundo más veloz que la otra. La cabeza del sicario se tambaleó.

También en su frente se había dibujado una especie de tela de araña.

Pero formada por hilillos de sangre.

Cuando aquel segundo enemigo también cayó para siempre, Sig miró en torno suyo. Tenía la sensación de que los disparos del «Magnum» tenían que haberse oído en toda la parte sur de Manhattan.

Pero pronto se dio cuenta de que estaba en un sitio ideal para matar y morir. En el fondo de aquel solar que ya había comprado una inmobiliaria, pero donde por el momento sólo había coches, no se encontraba nadie más que él. Por otra parte, el ruido incesante de la calle que discurría al otro lado había ahogado sin duda los estampidos del «Magnum», que en todo caso también podían haber sido tomados por falsas explosiones de un motor.

En consecuencia nadie le iba a molestar ahora. Disponía de unos minutos para registrar a los dos muertos y su coche.

Lo primero que hizo fue apoderarse de sus documentos, así como de la documentación del «Zephyr». Dejó el dinero para que no pudieran acusarle de robo si las cosas marchaban mal, y luego fisgó dentro del vehículo.

No había nada en especial en él.

Por lo que pudo ver, se trataba de un coche alquilado.

Hizo una mueca, cerró las portezuelas y puso en marcha su bólido gran novedad, modelo 1955. Con un escandaloso petardeo, el cacharro se dignó arrancar.

Sig se llevó las armas y dejó los cadáveres allí, pensando que nadie podría acusarle por el momento de las dos muertes.

Luego se perdió en el intenso tráfico de Nueva York. Tenía ya una serie de ideas clavadas en la cabeza.

El sargento Calley estaba en su mesa.

A la luz maciza de la lámpara contempló la cara de Sig, que estaba al otro lado de la mesa. La cara de Sig le infundía tal confianza que el tío sacó un *spray* de su cajón e hizo funcionar el purificador de ambiente.

—De modo que quieres que te deje consultar nuestros archivos —musitó—. Y además en plan confidencial, sin decirme para qué.

—Se trata de un asunto privado, sargento.

—Ya estoy hasta las pelotas de tus asuntos privados, Sig.

—Es el último favor que le pido en mucho tiempo, sargento. Usted sabe que no volverá a encargarme otro asunto hasta 1989.

—De acuerdo, Sig, por una sola vez pediré que te dejen husmear allí, pero con una condición: no te propases con la encargada de la sección. Es mi hija.

Sig juró por sus antepasados que no se propasaría con nadie en los próximos seis meses. Y lleno de propósitos de enmienda, entró en los archivos.

No le fue difícil encontrar las fichas, teniendo los documentos de los dos fiambres. Y vaya fichas.

Los dos angelitos habían llevado unas santas vidas, antes de encontrar tan santa muerte. Empapelados por proxenetismo, por atraco, por homicidio, por extorsión, por lesiones y por apuestas ilegales, sólo les faltaba haber sido empapelados por mariconería ambulante. Pero al menos maricas no lo eran, porque habían vivido de las mujeres durante años, hasta acabar siendo unos guardaespaldas «especiales» y unos asesinos a sueldo.

¿A sueldo de quién?

Eso era lo que hubiese querido aclarar Sig, y eso era lo que las fichas no decían. Pero había una anotación marginal que le dejó sumido en un mar de perplejidades.

Decía:

«Sospechosos de haber actuado para redes de Espionaje Internacional. Sometidos a vigilancia por el FBI y la CIA hasta 1975».

Es decir, podían haber sido contratados por personas de otros países para efectuar trabajos sucios en el territorio de los Estados Unidos. Muchas organizaciones secretas internacionales contratan a tipos así para trabajos que sus propios miembros no pueden realizar.

Sig dejó caer las fichas en sus puestos.

Tenía la mirada perdida.

Pero de pronto su mirada ya no se perdió tanto.

Al contrario, se posó con la rapidez del águila en la formidable grupa de la chica.

Ella buscaba fichas junto a él.

Silbaba distraídamente.

Y se apoyaba en un pie ahora en otro, haciendo oscilar la tentadora posición de su anatomía. De vez en cuando sonreía a Sig.

Era como si le dijese: «¿Pero no lo ves, muchacho? ¿A qué esperas?».

Sig decidió aguantar. «No puedes hacerle esa traición a tu amigo el sargento, Sig. Tienes que ser leal... ¡Pero hay que ver cómo está la niña!».

Ella seguía moviéndose.

Su vestido, por detrás, estallaba.

Nunca Sig había sentido una tentación tan fuerte, porque Sig era de esos tíos primitivos a quienes les gusta el tabaco negro, el vino fuerte y las mujeres con las cosas bien puestas.

Pero aguantó.

¡Macho, si aguantó!

La chica susurró:

—¿No?

El dijo, con voz perdida:

—No.

—Pues tú te lo pierdes.

Sig por poco pega un brinco.

De pronto todo su ser, toda su sangre le dijeron: «¡Sí!».

Fue a meter mano.

Pero, en aquel momento, otro funcionario se situó casi al lado para colocar fichas nuevas. Sig suspiró resignadamente.

En fin, casi era mejor así. Había perdido una magnífica oportunidad, pero también se había portado como un hombre. Y un

hombre es un hombre, ¡qué puñeta!

Cuando iba a alejarse, murmuró:

Oye...

La chica le dirigió una mirada glacial.

—¿Qué quieres, marica?

—Sólo quiero darte recuerdos de tu padre. Porque tú eres la hija del sargento Calley, seguro...

—Soy la hija del capitán Barrett —dijo ella—. Al sargento Calley no lo he oído nombrar en mi vida.

Sig hubo de tragar saliva.

Y se largó de allí arrastrando los pies, mientras juraba que la próxima vez metía mano aunque fuese a un cobrador de autobús. Pero cuando estaba en la puerta recordó que, un cobrador de autobús, también era hijo del sargento Calley.

CAPÍTULO VII

EL HOMBRE DE LA PLAZA ROJA

A miles de millas de distancia de allí, bien lejos de la trepidante Nueva York, quieto en la tranquilidad de una plaza por la que no circulan los coches, el hombre miraba las murallas del Kremlin.

Durante años, cuando era niño, había paseado allí con su padre, un héroe de la Caballería soviética, uno de los hombres que persiguió a sablazos a los alemanes desde las orillas heladas de Stalingrado hasta las siniestras fosas comunes del Tiergarten de Berlín. Entonces, en la época de Stalin, aquellas murallas parecían esconder algo desconocido, extraño y seguramente invencible. El Kremlin le producía una mezcla de respeto, de admiración, de orgullo y de temor al mismo tiempo.

En aquellos años, cuando Leónidas Venchenko era sólo un alumno becado por su extraordinaria facilidad para las matemáticas y la física, estaba bien lejos de imaginar que llegaría a conocer todos los secretos del Kremlin, que penetraría durante años en las entrañas de éste y que sería recibido a cualquier hora por los jerarcas de una de las dos potencias más importantes del mundo. La más importante del mundo para Venchenko, porque él estaba orgulloso de pertenecer a la Unión Soviética.

Pero ahora tenía las facciones contraídas, casi crispadas.

Había algo extraño en él.

Como si un sentimiento confuso le carcomiera por dentro.

Su jefe más inmediato, el coronel Spasky, director de los servicios de espionaje en el sector noroccidental (el más importante, puesto que comprendía Canadá y Estados Unidos), lo adivinó

enseguida al verle entrar en el despacho. No necesitó hacerle más que una pregunta, en un tono familiar que era del todo desacostumbrado en el rígido sistema de jerarquías ruso:

—¿Problemas, Venchenko?

—Sí, coronel. Uno.

—¿Dinero?

—No, coronel. Me considero muy bien pagado por el Servicio. Además, un hombre que hace mi trabajo no cometería la vileza de pensar en el dinero solamente.

—¿Entonces algún problema Con un compañero?

—Ninguno. Usted sabe bien que soy un agente especialmente secreto, al que sus propios compañeros apenas conocen.

—¿Entonces, qué? ¿Alguna mujer? Eso sería estúpido en un hombre de su categoría, Leo. Sabe perfectamente que las mujeres, en el aspecto sentimental, no pueden significar nada para nosotros. Son compañeros en el trabajo y nada más. Están completamente equiparadas a los hombres.

—Eso es lo malo, coronel.

—¿Por qué?

—Porque nos movemos en un mundo que es sólo de hombres, un mundo que al principio no tenía belleza, pero ahora empieza a no tener tampoco sentido.

El coronel echó un poco la cabeza para atrás, aunque en sus labios seguía flotando una amistosa sonrisa.

—Ése es nuestro modo de trabajar, Leo —susurró—. Hemos creado un mundo que no necesita precisamente ser hermoso ni tener sentido, fuera del sentido que le den las necesidades del pueblo soviético. ¿Alguna objeción?

—No es eso, coronel. Y me mantengo más fiel que nunca a la línea del Partido. Daría la vida por las cosas en que creyó mi padre y por las cosas en que yo he creído desde niño.

—Lo ha demostrado cien veces, amigo mío. Quizá en estos momentos el mejor agente especial que tiene la Unión Soviética.

—Gracias, coronel. El día que me toque morir, ésa es la frase que me gustaría ver esculpida sobre mi tumba. Pero necesito que me dé unos días de permiso para atender un asunto personal.

El coronel sonrió.

—Concedido, Leo. No hay que ponerse tan serios para una cosa

así. Precisamente ahora, dada la buena relación que tenemos con Estados Unidos, hay poco trabajo.

—Es que quiero ir a Estados Unidos, coronel.

El alto oficial echó la cabeza para atrás. Por un momento le pareció que los grandes ventanales del despacho le enviaban una luz borrosa e incierta. La fachada gris de los almacenes GUM, al otro lado de la plaza, le dio la sensación de ser más gris y gastada todavía.

—¿Un asunto personal en los Estados Unidos? —musitó.

—Sí, coronel.

—¿Puede eso afectar al servicio?

—No —dijo Venchenko por entre sus labios apretados.

—¿Seguro?

—Seguro, coronel. De otro modo, no se lo diría.

Spasky se puso en pie. Caminó pesadamente con sus altas botas bien charoladas, que le daban un cierto aspecto de general prusiano. Durante la guerra, él había luchado contra los intransigentes prusianos y había eliminado en el campo de batalla a centenares de ellos, pero no por eso dejaba de admirar sus métodos, su exactitud, su sentido de la disciplina y la rectitud de los Estados Mayores, que ya habían sido legendarios desde Federico II.

—¿Qué quiere hacer allí, Leo? —musitó.

Leónidas Venchenko no le miró.

Con la mirada clavada en el fondo de la plaza, en la inmensa Biblioteca Lenín, dijo con voz opaca:

—He de cumplir con un compromiso de honor. He de matar a un hombre.

CAPÍTULO VIII

EL HOMBRE DE LA WILHELMSKIRCHE

Kelan echó un poco para atrás, con seco movimiento de cabeza, sus rubios cabellos y clavó su mirada en las ruinas de la que fue la iglesia más bonita de Berlín, La vieja Wilhelmskirche, el templo donde se dieron cita todas las glorias de la Alemania imperial era ahora una especie de muñón pétreo que servía como recuerdo de los horrores de la guerra, pues se conservaba igual que el día de la rendición final, cuando dejaron de cañonearle los infalibles artilleros rusos del mariscal Jukov. Pero Kelan se sentía orgulloso al mirarla porque aquella iglesia, que era un símbolo del dolor y la derrota, era también un símbolo del sensacional resurgimiento del país. En torno a ella circulaban ahora los mejores automóviles del mundo, se alzaban los Bancos más sólidos, se ensayaba la arquitectura más funcional y se distinguía a las mujeres más bonitas, paseando arriba y abajo de la Kunfürstendam. Alemania Federal no sólo había sido un milagro, sino que era también —en opinión de Kelan— un ejemplo.

Aquel hombre ágil fuerte llegó a la esquina de Ulmstrasse, dobló por ella y dejó a su espalda las grandes terrazas de la Kunfürstendam, que mucha gente llama «el café más largo del mundo». A su derecha quedaba un pequeño local frecuentado en su mayoría por obreros extranjeros y donde se exhibían las últimas novedades en el cine de parejas, si es que la pareja humana haciendo el amor puede ofrecer ya alguna novedad, Kelan pasó de largo, encendió un cigarrillo y se coló en un edificio donde estaba la delegación comercial de una gran firma de aceros suecos. Sólo unos

cuantos iniciados sabían que aquella firma tenía capital exclusivamente alemán, que la dirigían técnicos alemanes y que servía de pantalla para los espías alemanes. Pero ésas son cosas que quedan para la Historia.

Mientras un hombre llamado Leónidas Venchenko atravesaba las murallas del Kremlin, otro hombre llamado Karl Kelan atravesó una oficina donde había dos únicas empleadas. Las dos se limpiaban las uñas, como si no tuvieran nada que hacer, mientras exhibían discretamente las piernas envueltas en medias de seda espesa.

Tenían las piernas bien formadas, ésa es la verdad. Más de uno podía haber soñado en meter la mano por allí.

Pero se hubiera llevado una buena sorpresa.

Kelan dijo con voz cargada de indiferencia:

—Buenos días, Hans. Buenos días, Adolf.

Los dos tíos contestaron con voz de camionero:

—Buenos días, Kelan.

Kelan se detuvo un momento.

—Ya estáis hartos, ¿no?

—Estamos hasta las pelotas —dijo Adolf.

—¿Por qué os ha convertido el jefe en *travestís*? ¿Qué espera?

—Espera un atentado por parte de un grupo extremista —murmuró Hans—. Y quiere que al primero que entre aquí lo trinquemos como sea, para luego hacerle hablar.

—Piensa que si los que entran ven a dos mujeres se confiarán, ¿no?

—Ésa es la genial idea que el hijo de perra ha tenido —murmuró educadamente Adolf.

—Pero lo peor no es eso. Yo estoy que trino —gruñó Hans.

—¿Por qué?

—Hace media hora me ha metido mano el del contador del gas.

—¿Y qué?

—Nada —dijo Hans—. Estoy preocupadísimo.

—¿Por qué?

—Porque me ha gustado.

Kelan emitió un gruñido.

Les largó un paquete de toscanos por encima de la mesa.

—Me voy —dijo—, que en este mundo todo se pega.

Y entró en el despacho de Müller.

Müller había sido general con Hitler y ahora estaba de lleno en la edad de retiro, pero conservaba todo su vigor, toda su inteligencia y especialmente toda su astucia. Conocedor como nadie de los entresijos de los servicios secretos, había creado de la nada un servicio de espionaje alemán que ahora podía competir con los mejores del mundo. Claro que años antes sólo se dedicaban al espionaje industrial, para que los alemanes pudieran fabricar los mejores productos del mundo, pero ahora las cosas cambiaban rápidamente. Alemania Federal podía aspirar a colocarle entre las grandes potencias del planeta, y Müller, general de Hitler, no había olvidado ese sueño dorado de los viejos tiempos.

Cuando vio a Kelan, dejó que una estrecha sonrisa adornase su cara de falso vendedor de acero sueco.

—¿Qué hace aquí mi mejor agente? —preguntó—. Oye, no te habrás equivocado con los dos de ahí fuera, ¿verdad?

Kelan mintió:

—Me han dado una cita. ¿Usted cuál me aconseja?

—La rubia es mejor.

—De acuerdo, general: la rubia.

—Oye, creí que estabas en Munich, dando de comer a las palomas de la Marienplatz y pellizcando a las chicas de las cervecerías. Ayer por la noche aún me llamaste desde allí.

—Acabo de llegar al aeropuerto de Tegel —dijo Kelan con la mirada perdida.

—¿Para qué?

—Necesito pedirle algo importante, general Müller.

—¿Importante para quién? ¿Para Alemania o para ti?

—Para mí, general.

—Entonces es difícil que te lo pueda conceder. Tú sabes bien cómo funcionan nuestros servicios secretos. Somos un gran país, pero oficialmente se nos sigue considerando alineados con los que perdieron la guerra. Nuestras actividades aún deben pasar por el control de los aliados, y eso hace que los problemas que siempre afectan a un servicio como éste se multipliquen por cien. No podemos disponer de una gran organización visible, como tienen los otros grandes países. Mi ambición es que Alemania vuelva a ser lo que fue, y para eso las oficinas gubernamentales de Bonn nos envían dinero sin límite, pero la diplomacia nos obliga a engañar

hasta a nuestra propia sombra.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Ningún desliz, ni el más mínimo, nos está permitido.

—Lo sé —dijo Kelan—. He estado trabajando en esas condiciones desde que era un muchacho, y conozco todas las normas.

—Pues entonces no me pidas nada que no sea posible.

Kelan dijo tenazmente:

—Sin embargo, lo pido, general.

—¿El qué?

—Ir a los Estados Unidos.

El general cerró un momento los ojos.

Sabía que aquello no era difícil, pues Kelan había sido su mejor hombre en tierras americanas, pero sabía también que su situación era irregular y no podían permitirse el más pequeño desliz. Lo había dicho.

—Eso es difícil, Kelan —musitó.

—Es fácil, general. Sale un avión de la Lufthansa del aeropuerto de Tegel dentro de dos horas. En Frankfurt enlaza con el avión de la TWA para Nueva York. En cuanto a los gastos, los pago de mi bolsillo.

—No es eso, Kelan. Se trata de que ni podemos cometer un error. Tú eres nuestro mejor agente y no puedo perderte por una tontería. No puedo exponerme tampoco a que se tengan pruebas tangibles de nuestra existencia. Por eso quiero saber qué te impulsa a pedirme ese viaje a los Estados Unidos.

—Una cuestión de honor —dijo Kelan con las mandíbulas apretadas.

—Una cuestión de honor, dices... Como si en nuestro trabajo fuera posible conservar el honor.

—Yo lo he conservado, general Müller. Otros, no lo sé.

—Gracias por la indirecta. ¿Y qué es lo que buscas en los Estados Unidos?

Kelan dijo con un hilo de voz, sin mirarle:

—He de matar a un hombre.

CAPÍTULO IX

MUERTE PARA UN INTRUSO

Mientras en Moscú y en Berlín se hablaba de cosas que, al parecer, nada tenían que ver con lo sucedido en Nueva York, por las calles de Manhattan flotaba un hombre sobre el que se cernía la muerte.

Sig había abandonado con su coche los archivos de la Metropolitana, y ahora rodaba hacia el norte de la isla mientras en su cerebro rugía un huracán de pensamientos.

Dejó atrás en la zona de Times Square, una serie de cines donde se exhibían películas porno y subió por la Séptima. Apenas se daba cuenta de lo que pasaba en torno suyo, porque estaba sumido en el volcán de sus propias ideas.

Éstas empezaban a aclararse en algunos puntos. Por ejemplo, el anillo que le entregó Lilian valía mucho dinero. Por ejemplo, dos tipos habían tratado de robárselo a la chica y luego habían tratado de robárselo a él. Ahora bien, ¿habían hecho todo eso por el dinero que valía la joya o quizá por algo más?

No se podía olvidar que los dos sicarios obraban por cuenta de otro.

Y ese algo más... ¿estaba relacionado con el espionaje internacional?

A partir de aquí, los pensamientos de Sig ya se perdían.

El no entendía de espionajes internacionales.

El solo entendía de espionajes de escalera, para ver si distinguía los encantos de la vecina del piso de arriba.

Pero una cosa estaba clara: debía devolver el anillo a su legítima dueña. Seguramente ella le podría aclarar muchas cosas, también.

Por eso remontaba, ahora, Riverside en su petardeante bólido, dejando a su espalda una mancha de aceite que al menos servía para una cosa: para que no pudieran perseguirle los motoristas de la Policía Municipal.

Llamó a la puerta de la elegante residencia de Donovan. Un mayordomo perfectamente uniformado le abrió.

Pero era un mayordomo un poco especial.

Al menos debía pesar cien kilos, y esos cien kilos eran de puro músculo.

Sig conocía a esa clase de tipos. Antiguos comandos en la guerra de Vietnam, se dedicaban ahora a proteger a los millonarios de las grandes ciudades. Tal como estaba la delincuencia en Nueva York, se comprendía que tipos así hicieran falta.

El pesquiza preguntó:

—¿El señor Donovan no ha salido para su viaje de bodas?

—No. Hubo de suspenderlo —dijo el mayordomo educadamente

—. ¿A quién quiere usted ver, señor?

—A la señora Donovan.

En la cara del atleta no se movió ni un músculo.

—¿Es urgente, señor? —preguntó.

—Por favor, sí... Muy urgente.

—Entonces sírvase acompañarme. Tenga la bondad, señor. Por esta puerta.

Se la abrió.

Más allá había una habitación oval, con unos muebles de estilo neoclásico.

El pesquiza entró confiadamente.

Y anduvo confiadamente hasta que sintió el cañón de aquel revólver clavándosele en la nuca.

Con el peor lenguaje de los *slums* del Hudson, la voz dijo a su espalda:

—Tú, macarra, mamón; arriba las manos.

Sig estaba de acuerdo en lo de macarra, pero no en lo de mamón. De todos modos alzó las manos.

El mayordomo empezó a cachearle mientras el que había estado aguardando detrás de la puerta seguía apuntándole. Cuando sacó nada menos que el «Magnum» y las dos «Walther» con silenciador, masculló:

—Eh, muchacho... ¡Este tío es un arsenal viviente! ¡Mira!

Y mostró las armas mientras estaba todavía casi arrodillado ante Sig para cachearle las piernas. Sig rió esperó a que nadie más le volviese a llamar mamón.

Disparó su pierna derecha. Sonó un chasquido siniestro.

La cabeza del falso mayordomo salió despedida hacia atrás, pero el pajarraco conservó entera la mandíbula. Con los ojos desorbitados, envió uno de sus enormes puños hacia el bajo vientre de Sig.

Sig pensó: «¡Que me da!».

Logró apartarse a tiempo. El enorme puño pasó rozándole y se perdió en el aire, pero lo que Sig no consiguió esquivar fue el culatazo del tipo que tenía a su espalda. Mientras un violento dolor le recorría todas las vértebras, salió despedido hacia delante y casi rompió una de las puertas.

Se encontró en la habitación de más allá. Sus ojos apenas veían nada, como si estuviesen cubiertos por una fina neblina.

Y entre aquella neblina apareció la figura de Donovan.

Tranquilo y elegante como siempre. Con una «Smith & Wesson» de pequeño calibre en la derecha. Con una sonrisa helada bailándole en la boca.

—Registradle —ordenó.

Los dos tipos que estaban detrás de Sig le vaciaron los bolsillos sin que pudiera oponerse. Lo único que realmente les importó — puesto que ya le habían quitado las armas— fue su licencia de detective privado.

Se la mostraron a Donovan.

—Un pesquis a que está metiendo las narices en nuestros asuntos —dijo el falso mayordomo—. Pero por el sitio en que tiene el despacho, ha de ser un desgraciado de mierda.

Donovan examinó la documentación con un gesto de desprecio. Luego dijo:

—Levántate.

Sig lo hizo. Pese al terrible culatazo que acababa de recibir, volvía a estar tan entero como antes, igual que si su cabeza fuera de roca.

—Quiero saber por qué estás metido en este asunto —masculló

Donovan.

—Tú debes saberlo mejor que yo, puesto que has enviado dos sicarios a matarme —dijo el pesquisa, seca mente.

Para él las cosas empezaban a estar claras: tenía que ser Donovan quien le había enviado los dos esbirros al *parking*.

Por eso tuvo una sorpresa cuando Donovan preguntó, con cara de absoluta sinceridad:

—¿Dos sicarios? ¿Quiénes?

—Están muertos en aquel *parking*. Reza por ellos, hijo de perra.

Las facciones de Donovan siguieron reflejando una absoluta sorpresa.

—No entiendo de qué demonios hablas —dijo—. Pero, de todos modos, explícame por qué te metió en esto mi mujer. Quiero saber qué relaciones te unían con ella.

—Fue una puñetera casualidad —dijo Sig, pensando que en aquel caso más valía hablar sinceramente—. Dos fulanos la perseguían y ella entró en mi despacho.

—¿Sabes por qué la perseguían?

—Imagino que para quitarle esto —gruñó el pesquisa mientras sacaba el anillo—. Y diles a tus esbirros que otra vez aprendan a registrar mejor.

Donovan tomó aquel anillo entre sus dedos.

Y, de pronto, sus facciones cambiaron.

Hubo en ellas algo luminoso y al mismo tiempo tétrico, algo que pareció llenarlas de una alegría satánica.

Sig se dio cuenta de que acababa de descubrir la clave del asunto, o al menos parte de esa clave. Porque su instinto le dijo que aquel anillo era lo que Donovan había estado buscando durante mucho tiempo.

Y no sólo por su valor material.

Donovan era un millonario que podía permitirse el lujo de despreciar bagatelas de cien mil dólares.

Pero entonces, ¿por qué?

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal del pesquisa.

Se dio cuenta de que detrás de aquello había algo muy importante, algo que él no comprendía. Un mundo siniestro y misterioso en el que, a causa de su pobreza, él no había entrado jamás.

Donovan susurró:

—¿Te lo dio ella?

—Sí.

—¿Qué te dijo que hicieras con él?

—Que me lo quedara.

El millonario rió silenciosamente.

—Lo he estado buscando durante mucho tiempo —susurró—. Creí que Lilian lo llevaría encima cuando nos casamos. Tuve una gran sorpresa al no encontrárselo, y al no encontrarlo tampoco entre sus joyas.

—Quizá quería desprenderse de él —dijo secamente Sig.

—Sí... Quizá. Eso era muy digno de ella.

Sig se estremeció.

Había captado aquella palabra. El tiempo pasado del verbo. El siniestro *era*.

—¿Es que Lilian ya no está viva? —preguntó.

En los ojos de Donovan no hubo la menor expresión. Eran los ojos quietos y demoníacos de una esfinge.

Sig notó que la saliva se le volvía amarga.

Y entonces recordó aquel programa de televisión. Entonces recordó el cuerpo partido brutalmente. Entonces recordó los pedazos sangrantes que parecían teñir de roja la pantalla entera.

—No es posible... —vaciló—. No es posible...

Lo que ahora pasaba por sus pensamientos era aterrador.

Y le sucedía algo que no le había sucedido nunca: le temblaban las piernas.

Seguía sin entender nada, pero ahora le parecía sentir en el fondo de su cerebro las llamas del infierno.

Donovan musitó:

—Esos tipos a los que dices haber matado, los que querían acabar con Lilian, no tienen nada que ver conmigo. No sé quiénes son ni me interesa. Lo único importante es que había estado buscando este anillo por todo Nueva York y tú has venido a traérmelo a casa. A mi propia casa...

Rió suavemente.

—En cuanto a Lilian —musitó—, no te preocupes por ella. He denunciado su desaparición a la policía, indicando mis sospechas de que alguien la raptó. Están investigando activamente pero con la

mayor discreción, sin que por ahora hayan dicho nada a los periódicos. Espero que, de un momento a otro, me den el pésame.

Su expresión era fría y cínica.

Mil arruguitas diminutas le daban un aspecto de viejo sátiro al irse concentrando en sus ojos.

—No me haces falta para nada, desgraciado —masculló a continuación—, pero aun así quiero que me estés agradecido. Voy a pagarte un entierro de lujo.

Hizo una seña a sus dos hombres.

Éstos empujaron a Sig.

Los cañones de dos pistolas parecieron penetrar en sus riñones.

Sig notó que era llevado hacia la parte posterior de la casa. Allí estaba —si no recordaba mal—, una de las funerarias más lujosas de la ciudad.

Y de pronto se encontró en ella.

Atáués soberbios.

Coronas.

Mesas de mármol sobre las que seguramente eran embalsamados, pintados, maquillados y vestidos los cadáveres.

Un aire siniestro parecía flotar en torno suyo. Era un alucinante aire del Más Allá. Oyó que una voz preguntaba quedamente a su espalda:

—¿El horno crematorio?

—No —dijo Donovan—. Sólo tiene capacidad para restos humanos de poca importancia, como los intestinos que sacamos a los embalsamados. Un cuerpo tan fuerte como el de este tipo no cabría.

—¿Pues entonces qué se le ocurre, jefe?

Donovan rió silenciosamente.

—Lo tengo pensado ya —dijo.

—¿Pensado? ¿El qué?

—Cada mes enterramos gratis a algunos cadáveres hallados en plena calle, ¿no? Esos cuerpos que nadie reclama. Es una obra de caridad que unos ciudadanos honestos como nosotros hemos de hacer gustosamente.

—Perfecto, jefe. Justamente hay un fiambre ahí, a punto de ser enterrado.

—¿Pero qué tiene que ver eso con...?

—Muy sencillo —dijo Donovan—. De esos cadáveres nos ocupamos íntegramente nosotros, sin que intervenga nadie más. Nosotros metemos la carroña en el ataúd, nosotros lo transportamos al cementerio y lo metemos en una fosa común de la que nadie se volverá a ocupar jamás. Sobre ese ataúd será colocada una capa de tierra, y sobre esa capa de tierra otros ataúdes, y así sucesivamente hasta que la fosa esté rellena y sobre ella caiga el olvido eterno. En una fosa individual puede hacerse una exhumación y volver a sacar el cadáver, pero de una losa común no se hace una exhumación jamás. Ese ataúd irá pudriéndose allí por los siglos de los siglos.

—Sigo sin ver qué tiene que ver todo eso con este tipo, jefe.

—Muy sencillo —dijo Donovan—. Tengo el sistema perfecto para hacerle desaparecer. Lo meteremos en el mismo ataúd que ese muerto. Los dos serán tragados por la tierra sin que nadie lo sepa.

Y en el silencio de la sala volvió a captarse otra risita siniestra. Aquella risita se metió hasta el fondo de los nervios de Sig.

Aunque la cara de éste permaneció inalterable, algo le pinchaba en el fondo del cerebro.

El hombre que le estaba apuntando a la espalda masculló:

—Perfecto... ¿Dónde quiere que le dispare, jefe? ¿En la nuca?

La risita de Donovan fue ahora corrosiva y áspera.

—¿Por qué gastar una bala, idiota? —preguntó—. ¿Y por qué despachar a este tipejo sin que se dé cuenta cuando podemos matarle de una manera mucho más divertida?

—¿Qué manera, jefe?

—¡Atadle al muerto! ¡Haced que se vayan pudriendo los dos a la vez!

Y abrió de golpe un ataúd que yacía sobre una mesa.

Los ojos de Sig se desencajaron.

Cierto es que todos los cadáveres terminan igual, pero hay algunos que ya dan asco antes de descomponerse, y el que tenía ante su mirada era uno de ellos. Se trataba de un viejo desdentado cuya boca estaba abierta. Como lo habían metido allí de cualquier manera, sus manos parecían garras tendidas al aire.

Sig fue empujado hacia allí.

Uno de los suplicios más terribles que una mente humana puede idear, un suplicio de auténtico refinamiento oriental iba a ser realizado con su cuerpo.

«El muerto se come al vivo».

Ése es el nombre «técnico» de una de las más diabólicas combinaciones que ha ideado el hombre. «El muerto se come al vivo».

Atados los dos cuerpos, la pobredumbre del cadáver se va apoderando de la víctima, va penetrando en ella, la va matando de, la forma más angustiosa que se pueda concebir en la peor de las pesadillas.

Y eso era lo que iban a hacer con Sig.

Las dos pistolas le empujaban.

Donovan seguía riendo burlonamente.

—¡Ya hemos perdido demasiado tiempo con él! —gritó—. ¡Abajo!...

Las pistolas volvieron a presionar brutalmente en la espalda de Sig y lo empujaron sobre el muerto.

CAPÍTULO X

UN JOVEN BIEN EDUCADO

Cuando aquel siniestro asunto empezó para Sig, cuando aquella chica apabullante que era Lilian entró en su despacho, él no pudo jamás imaginar que las cosas terminarían de aquel modo. Ni en la peor pesadilla pudo llegar a atisbar que todo concluiría en el fondo de aquel fétido ataúd.

Mientras uno de los dos sicarios le apuntaba, ordenó al otro:

—Átale las manos a la espalda, Peter. Luego los dos lo sujetaremos al muerto.

Uno de los dos fulanos se movió. Ello significaba que solamente uno estaba apuntando ahora a Sig.

Y éste se lo jugó todo a una carta.

Iban a matarle de una forma lenta y desesperada. Por lo tanto, salía ganando si le mataban de una forma rápida.

Llevó las manos a la espalda como si se resignase a que le ataran.

Supo que el que estaba encargado de esa misión le miraría las manos solamente. Y que el otro quizá se confiaría unas décimas de segundo al ver tanta mansedumbre. Unas décimas de segundo eran todo lo que necesitaba...

Con las manos a la espalda, Sig se inclinó hacia adelante.

Ni los *judokas* japoneses se movían con aquella rapidez.

Largó la pierna derecha hacia atrás, arreando una auténtica coz de mula.

Sabía muy bien adonde tenía que llegar coz.

El hombre de la pistola la recibió en los genitales. Lanzó un

aullido mientras disparaba rabiosamente hacia el sitio en que debía estar la cabeza de Sig.

Pero la cabeza de Sig ya no estaba allí, puesto que se había inclinado hacia delante, hasta casi rozar el suelo, para poder levantar la pierna mejor. Inmediatamente aquel cuerpo que parecía hecho de fibras de acero dio media vuelta. Vio que el hombre de la pistola la estaba bajando poco a poco, mientras se estremecía de dolor.

Un segundo puntapié le alcanzó de lleno en la mano derecha. La pistola voló por los aires entre un grito de rabia.

Sig se había convertido en un ciclón. Sabía que estaba metido en el fondo de su propia muerte. No podía parar.

Sus puños se volvieron hacia el tipo que había tratado de atarle. Éste tenía un pedazo de cable en las manos y le miraba asombrado, como si aún no entendiera nada. Claro que de repente empezó a entender algunas cosas.

Como, por ejemplo, que todo daba vueltas en torno suyo.

Los puños de Sig, que eran parecidos a mazas de hierro, le habían alcanzado de lleno.

También empezó a entender que una mandíbula duele mucho cuando se parte en pedazos.

Y que, a veces, los testículos le suben a uno hasta la boca.

Porque el último puñetazo de Sig había ido allí, a la entrepierna. El aullido de dolor de su víctima hubo de oírse en toda la casa.

El que ahora tenía los ojos desencajados era Donovan.

Miraba todo aquello sin comprenderlo. De su garganta escapaba un murmullo de horror.

Pero él también iba armado. Intentó sacar una «P-38».

Y entonces sucedió algo que no hubiera imaginado jamás.

¡El ataúd se movió!

¡Alguien lo estaba alzando con una fuerza sobrehumana!

¡El muerto salió disparado hacia él!

Lanzando un grito de asco y de horror, Donovan intentó sacudirse de encima el cadáver. La

«P-38»

rodó por tierra.

Claro que Sig no podía alcanzarla, así como tampoco ninguna de

las armas de sus enemigos. La mala suerte había querido que fuesen a parar a cierta distancia.

Mientras tanto los dos sicarios se estaban rehaciendo.

Uno de ellos se disponía a pulsar un timbre rojo que sin duda era una señal de alarma. Tenía ya los dedos junto a él.

Pero aquellos dedos se crisparon de pronto. Un grito de horror partió de la garganta de aquel tipo.

Sig había encontrado una mortífera arma sobre la mesa donde se realizaban las autopsias. Era un enorme bisturí, afilado como una navaja de afeitar, y que aún estaba manchado de rojo.

Aquel arma no sólo era mortífera, sino que además había en ella algo repugnante. Por eso el fulano del timbre quedó paralizado por el horror cuando la vio.

No pudo ni moverse.

El propio chasquido de su cuello al ser rasgado por la hoja le pareció un ruido lejano. La sangre saltó.

Mientras el hombre se derrumbaba junto al timbre, los ojos se le saltaron de las órbitas.

El otro había recuperado ya una de las pistolas. Con las piernas vacilando porque aún sentía el terrible dolor de la entepierna, intentó apuntar.

La bala patinó sobre una de las mesas de mármol mientras Sig se ocultaba bajo ella. El sicario bajó la pistola para disparar de nuevo.

Fue un ingenuo.

Pensó que Sig iba a continuar agazapado bajo la mesa, cuando en realidad lo que hizo fue salir disparado por uno de los flancos. La segunda bala de su sorprendido enemigo también resbaló sobre el mármol.

Aquel hombre giró rabiosamente.

Y entonces sus ojos también se desencajaron. Lanzó un grito de angustia que le llegó al fondo de las entrañas.

Porque lo que estaba volando hacia su cara era terrible.

Para él resultaba peor que una bomba de mano.

El frasco lleno de alcohol donde se conservaban vísceras, estalló en toda su cara. El líquido repulsivo se la empapó.

Durante algunos segundos, aquel tipo ya no fue un ser humano.

Simplemente fue una especie de masa gelatinosa que chillaba y se movía.

Ni siquiera se dio cuenta de que el bisturí se le hundía por dos veces en el estómago.

Sonó un leve murmullo, cien veces más angustioso que un alarido. Antes de caer como un fardo, el hombre intentó cerrarse con las dos manos la terrible brecha.

Sig se apoderó de su pistola. Miró en torno suyo mientras en sus ojos brillaba una lucecita que sólo significaba una cosa: muerte.

Pero Donovan ya no estaba allí. Se había largado de aquella especie de antesala del infierno. Sig se encontraba solo, sin más compañía que la estimulante proximidad de tres cadáveres.

Sus pensamientos seguían siendo rápidos como flechas. Se daba cuenta de que la situación le era ahora ligeramente favorable y que podía perseguir a Donovan para tratar de acabar con él, pero en ese caso le daba todas las ventajas a su enemigo porque él desconocía el edificio. Además tenía que contar con que ya habría sonado la alarma, poniendo en movimiento a los otros sicarios que sin duda había allí.

Permanecer unos minutos más en aquel edificio, significaba la muerte.

Por esa razón decidió largarse Sig mientras planeaba la segunda fase de su ataque. Porque ahora ya pisaba terreno firme y ahora ya sabía a quién tenía que liquidar.

De todas las armas que había allí, recogió solamente el «Magnum» y se largó. Ya tenía bastante para sembrar la muerte.

Casi en la puerta encontró a un tipo alto, fuerte, joven, quien le preguntó en un perfecto americano:

—¿Sabe usted si ahora está abierta la funeraria Donovan?

—Me temo que no —contestó Sig haciendo una mueca—. El dueño está enfermo.

Y se alejó.

«Había algo extraña en ese tipo... —pensó maquinalmente mientras cruzaba la calle—. Parecía un americano normal y hablaba como nosotros, pero en fin Es una tontería... De todos modos, yo diría que tenía un leve acento ruso».

Claro que medio minuto después ya se había olvidado de eso. Un par de chicas sensacionales que pasaban por la calle le estaban quitando el mal sabor de boca.

CAPÍTULO XI

EL MUERTO QUE LLEGO DEL FRIÓ

Leónidas Venchenko, acostumbrado a hacer examen de conciencia y a darse cuenta de sus propios fallos, también pensaba en aquel momento algo semejante. Cuando vivía habitualmente en los Estados Unidos, su acento era perfecto, pero los últimos tiempos pasados en Rusia, sin hacer diariamente práctica de idiomas, le habían alterado un tono de voz que tanto le costó adquirir. Se daba cuenta de que ahora un experto podía notar que él no era un americano auténtico.

Pero el tipo atlético que se acababa de cruzar con él no tenía por qué ser un experto, de modo que Leo Venchenko se olvidó inmediatamente del error que quizá había cometido. Lo único que necesitaba era hablar lo menos posible y poner cuidado en la pronunciación.

Dio una vuelta al edificio para observarlo bien, y luego llamó a la puerta de la funeraria.

Le abrió una negra sensacional.

Era una mujer de bandera.

Sus poderosas y rotundas líneas se marcaban nítidas bajo la bata blanca.

Para hacer olvidar la pesadumbre de la muerte, aquella negrera no estaba lo que se dice nada mal.

—¿Qué desea? —preguntó, con una de esas sonrisas de dentífrico que siempre tienen las señoras y las queridas de algunos políticos americanos.

—Necesito ver al señor Donovan. Por favor, dígame que es

importante.

—¿Su nombre?

—Kurzon —mintió él.

—Por favor, pase. No sé si está el señor Donovan, porque tiene muchos negocios que atender, pero en caso de que no estuviera, ya encontraría una persona que se hiciese cargo del asunto. Sígame, señor Kurzon.

La tía fue delante.

Tenía un balanceo que mareaba.

Le hizo pasar a una salita confortable, con paredes enmoquetadas en color mandarina, y que en nada recordaba la sala de espera de una funeraria.

Venchenko le sonrió.

Al quedar solo, introdujo las manos en los bolsillos.

Su rostro inalterable; su rostro que parecía esculpido en metal, no reflejaba ninguna emoción pese a saber que quizá aquélla era la última misión de su vida. Con una tranquilidad fatalista, con una decisión implacable, realizó en la soledad de la habitación todos los movimientos que tenía previsto realizar.

Lo primero, quitar el seguro de su pistola «Baretta» que había sido modificada por los servicios de seguridad soviéticos.

Era una pistola que, en su corto cañón, ya llevaba el silenciador incorporado, una pistola con cargador extralargo de doce proyectiles, cada uno de los cuales tenía una cabeza explosiva, además de una cápsula de ácido sulfúrico que estallaba dentro de la piel. Con aquel arma no sólo se mataba, sino que, además, la víctima moría rabiando.

Sólo un hombre implacable podía usar aquello. Sólo un hombre que pensara en la venganza por encima de todas las demás cosas del mundo.

La segunda cosa que hizo fue encajarse tres falsas uñas.

Cada una de ellas tenía una cápsula de veneno debajo. Le bastaba con arañar levemente a un hombre y hacerle un poco de sangre para enviarle al infierno.

La tercera cosa que hizo fue tirar de un leve cordoncito que estaba disimulado en su corbata.

Eso era lo más decisivo de todo. No pudo disimular un leve estremecimiento al hacer aquel gesto.

Pero, por el momento, eso era lo que menos importaba. La pistola y las falsas uñas eran elementos de combate que le interesaban mucho más.

Lo que Venchenko no imaginó fue que estaba siendo vigilado estrechamente en aquella habitación al parecer inofensiva. Que dos cámaras ocultas de televisión recogían el menor de sus movimientos.

Claro que eso tampoco le hubiese importado.

El había venido allí sabiendo el peligro que corría.

Silenciosamente abrió la puerta, salió a una antesala y empujó otra hoja de madera. Pudo ver por el resquicio que allí existía una gran sala donde sin duda se realizaban las autopsias y la preparación de los cadáveres antes de ser exhibidos a la familia en las condiciones más favorables posible.

Todo estaba intacto.

Descubrió el cadáver de un viejo dentro de un ataúd barato.

Distinguid también en el suelo unas manchas que podían ser de sangre, pero eso era natural en un sitio donde se realizaban manejos de aquella clase. Nada especialmente anormal le llamó la atención.

Volvió poco a poco a la sala color mandarina.

Las cámaras de televisión volvieron a enfocarle.

Donovan, en su despacho blindado del segundo piso, acariciaba a la negraza que estaba junto a él.

Sonreía satisfecho. Todas sus angustias de unos minutos antes parecían haberse diluido en el aire.

Su plan se iba realizando punto por punto, a pesar de la impensada intervención de aquel pesquiza muerto de hambre.

Miró al tipo que estaba a su izquierda, y que también observaba atentamente las pantallas de la TV en circuito cerrado.

—Es Venchenko, seguro —balbució.

—De modo que ha caído en la trampa...

—Eso demuestra que todo estuvo bien calculado, Donovan.

—Seguro que, cuando ha salido, ha ido a mirar la sala de autopsias. ¿Todo ha sido arreglado allí?

—Sí. Los cuerpos han sido retirados, excepto el del viejo al que enterramos gratis. Ése es natural que esté allí. Puede quedar en el suelo alguna mancha de sangre, pero él no le dará importancia.

—¿Has visto la pistola que lleva?

—Sí, aunque sólo la haya sacado un momento.

—¿Qué opinas?

—Es un «Baretta» arreglada. Los técnicos rusos han elegido esa marca porque les ha parecido la más fácil de reformar. Imagino que lanza unas balas explosivas que matan a un hombre aunque sólo le alcancen en un dedo.

—¿Y las uñas?

—Venenosas —dijo el técnico que estaba junto a Donovan.

Éste sonrió ampliamente.

Ya se había olvidado de todos los problemas anteriores.

—No podemos darle ninguna oportunidad —decidió—. Ha venido dispuesto a matar y lo conseguirá con sólo sacar esa maldita pistola o rozar a alguien con sus cochinas uñas. Escucha, Anna.

La negraza se removió, mientras se apartaba suavemente.

—¿Qué, Donovan?

—Hazle subir en el ascensor. Ve con él para que se confíe. Llegad los dos hasta la segunda planta. Luego ya sabes lo que tienes que hacer.

Ella dijo, sin la menor emoción:

—Sí, cariño.

Cuando Venchenko la vio aparecer de nuevo, como una estatua de ébano sobre sus altísimos tacones, pensó que aquella negraza era de lo mejorcito que había en Nueva York, donde las mujeres de color suelen ser tan opulentas. Hasta la imaginó tendida en una cama y esperando que él la atacase, pero inmediatamente aquella imagen placentera fue sustituida por otra teñida de rojo: la de una mujer más bonita aún y que ya no podría esperar en la cama a nadie más.

La diosa de color musitó:

—Sígame, por favor.

El la siguió. Se dirigieron los dos a un ascensor situado en una antesala contigua.

—¿El señor Donovan puede recibirme? —preguntó Venchenko.

—Tiene usted suerte. Iba a salir, pero he podido darle el recado y ha accedido a hablar con usted. Le espera en el segundo piso.

—Gracias.

Ella pulsó el botón. Venchenko sabía muy bien que en los ascensores pueden ocultarse terribles trampas, pero le tranquilizaba

el hecho de que la negra fuese con él. Mientras estuvieran juntos, nada iba a ocurrir.

Segundo piso.

Ella abrió y salió primero.

Sostuvo la puerta con una mano.

—Puede seguirme —dijo sonriendo.

Y oprimió un pequeño pulsador que había junto a la manivela de la puerta.

Venchenko fue a salir. Inevitablemente rozó la puerta para empujarla más, pues la chica no la había abierto del todo.

La descarga eléctrica lo envió hacia atrás. Cayó de nuevo al interior de la cabina mientras su cerebro se nublaba, mientras se daba cuenta de que aquella descarga no había bastado para matarle, pero sí para producirle un terrible *shock*. En esas condiciones, lo que ocurrió a continuación fue para él una velocísima pesadilla.

El piso del ascensor cedió como una trampilla.

El se sintió lanzado al vacío.

La altura de dos pisos hubiera sido suficiente para matarlo, pero Venchenko no cayó sobre una superficie dura. Se hundió en una pequeña cisterna de líquido viscoso mientras una plancha metálica se cerraba instantáneamente sobre su cabeza. Venchenko quedó encerrado en una especie de caja de paredes de cemento y de tapa de hierro..., ¡y aquella caja estaba llena de agua hasta el borde!

¡No iba a poder salir de allí!

¡Se ahogaba!

¡Ni las uñas ni la pistola le servirían de nada!

¡Estaba perdido...!

Con todas sus fuerzas, intentó llegar arriba para encontrar un espacio con aire, algo que le permitiera seguir viviendo.

Pero el agua llegaba hasta la tapa misma.

No tenía salida.

Sus pulmones parecieron estallar.

Cerró los ojos mientras se encogía.

Y pronto quedó flotando como un cuerpo inerte, manso, mientras la tapa se volvía a deslizar suavemente sobre su cabeza. Dos hombres provistos de un bichero lo engancharon con el garfio y lo sacaron de allí como se saca a un ahogado de la superficie del mar.

Donovan encendió un cigarrillo.

Pocas veces se había sentido tan satisfecho.

Las cosas rodaban de nuevo. Sólo tenía un enemigo en Nueva York, pero ese enemigo era un despreciable detective privado, un pesquisista muerto de hambre. Había enviado ya a sus mejores hombres contra él y estaba seguro de que muy pronto regresarían trayéndole su carroña.

En cuanto a Venchenko, ya lo tenía allí. Todo perfecto.

—Llévalo a la sala de autopsias —ordenó.

Dos hombres le obedecieron. La negrura iba con ellos. Ver el cadáver de un hombre joven y que había sido un verdadero atleta —el cuerpo de un hombre que quizá la hubiese hecho estremecer de placer— no le causaba la menor emoción.

Lo colocaron sobre la mesa.

El hombre que antes había estado junto a Donovan mirando las pantallas de televisión, preguntó:

—¿Ya sabes por dónde tenemos que abrir?

—Con certeza todavía no. De una forma u otra, poco importa, porque le haremos una radiografía.

—¿Traigo el aparato portátil?

—No. Lo traeré yo mismo —dijo Donovan—. Me parece que soy el único que sabe manejarlo bien.

Se alejó al otro lado de la sala.

Los dos hombres y la negra se dispusieron a desnudar al muerto.

Lo primero fue quitarle la corbata. La propia negra lo hizo.

Y de pronto vio algo rojo. No pudo ni gritar.

Aquella espantosa mancha escarlata penetró por sus ojos hasta el fondo de su cerebro, donde pareció convertirse en una mancha negra.

No se dio cuenta de nada más.

Ni de que su cuerpo se partía en pedazos.

Ni de que salía despedido por los aires.

Ni de que la cabeza de uno de sus compañeros era segada como por la fuerza de una guillotina.

Ni de que al otro le desaparecía la cara.

Ni de que el cadáver se hacía pedazos.

Ni de que todo se llenaba de sangre.

Donovan que estaba en el lado opuesto de la sala, fue el único

que sobrevivió. Con los ojos desencajados, miró, aterrado, aquella catástrofe.

Sus músculos estaban paralizados. Sus venas parecían haber muerto.

Pero su cerebro seguía funcionando y todo se movía, en él con la velocidad de un torbellino. Se daba cuenta de que Venchenko había acudido allí sabiendo que iba a morir, pero sabiendo también que iba a matar. Que podía matar después de muerto.

La potente bomba estaba colocada debajo de su camisa. Le bastaría tirar de un leve resorte oculto tras la corbata para quitar el seguro. Y no existía duda de que lo había quitado antes de entrar allí.

Fara que se produjera la explosión no hacía falta más que una cosa.

Que se enfriase un par de grados el cuerpo. Sólo eso.

Con las bombas térmicas se consiguen a veces auténticas maravillas.

Donovan se acercó a lo que quedaba de Venchenko y vio que el cuerpo estaba despedazado de cintura para arriba, pero las piernas aparecían casi intactas. A él le bastaba con eso.

Salvajemente, con un bisturí, abrió del tobillo hasta el muslo, dejando al descubierto la tibia.

Y entonces sus ojos se iluminaron.

Entonces, a pesar de la muerte que le rodeaba, lanzó un grito de triunfo.

CAPÍTULO XII

UNA PELEA EN EL INFIERNO

Sig no tardó en darse cuenta de que le seguían. Había sido muy ingenuo al pensar que podría librarse de Donovan con sólo matar a algunos de sus hombres.

Aunque seguía sin entender apenas, una cosa estaba muy clara para él: los dos coches de color vino que iban detrás de su cacharro, no tardarían en darle alcance.

Advirtió que venían a por él cuando estaba saliendo de Manhattan para dirigirse a Hoboken, en el lado opuesto de la orilla del Hudson. Aquel cambio de rumbo no lo había hecho para perder el tiempo, sino porque era una elemental medida de precaución. No había que descartar una persecución.

Y, en efecto, le estaban persiguiendo. Los dos coches aparecieron mucho antes de lo que él imaginaba. Los vio cuando estaba entrando en los grandes suburbios industriales de la zona de Hoboken.

Allí había cementerios de coches. Diques secos donde eran desguazados los viejos barcos llenos de roña. Fábricas de salchichas de Frankfurt junto a fábricas de piensos para las granjas avícolas. Montañas de desperdicios industriales y calles sin salida entre los muros de las factorías.

Mientras daba gas a fondo, Sig comprendió inmediatamente lo que aquellos tipos pretendían. Mientras uno de los coches le cubría la retirada, el otro le adelantaría y le enviaría varias ráfagas de metralleta hasta convertirle en picadillo o hacer estallar el depósito de la gasolina. De un modo u otro, Sigfried Man se había convertido

en un condenado muerte.

No podía evitar que uno de los coches perseguidores le adelantase. Los dos eran mucho más rápidos que el suyo.

Tampoco podía confiar en encontrar un patrullero o alguien que le prestase ayuda, porque gran parte de la zona industrial estaba semidesierta a aquella hora. Cuando hubieran dejado su coche convertido en cenizas, a los asesinos le bastarían unos segundos para huir. Y nadie se preocuparía de ellos nunca más.

Pisó el acelerador a fondo, mientras apretaba los dientes como si con ello hubiera de dar más velocidad a su viejo cacharro. Pero notó por el retrovisor que los coches se acercaban más y más, hasta pisarle los talones.

Si hasta entonces habían disimulado, ahora aquello se había convertido en una persecución en regla. Por las calles amplias que se perdían entre las fábricas, casi totalmente vacías de tráfico, los motores rugían al máximo de revoluciones mientras los neumáticos chirriaban brutalmente a cada curva.

Sig se dio cuenta de que por velocidad nunca conseguiría nada, y en consecuencia intentó evitar las grandes calles rectas. Guiándolo todo a su pericia, se lanzó a tomar una serie de curvas a endiablada velocidad, mientras los otros dos bólidos rugían sin perder ni diez yardas de distancia.

Las ruedas parecían ir a salir disparadas en cada curva. Los coches se bamboleaban, patinando de costado, mientras la escasa gente que pasaba por las aceras se lanzaba a tierra. Un motorista que abandonaba uno de los almacenes salió despedido y su cadáver voló por los aires, mientras la máquina se estrellaba contra una pared entre un giro alucinante de ruedas.

Sig miró por el retrovisor.

Sus dientes chirriaron.

El coche que había matado al motorista era el que trataba de adelantarle por la izquierda. Las bocas de las metralletas ya salían por las ventanillas de la derecha.

Cuando ya iban a adelantarle, hizo una terrible finta, envió el coche de costado y con el portamaletas dio un golpe al capó de sus enemigos, haciéndoles perder la dirección. El coche perseguidor chirrió de una forma alucinante mientras subía a una de las aceras.

Un hombre lanzó un grito.

Quedó materialmente aplastado contra la pared.

Los dientes de Sig rechinaron de nuevo.

Aquellos asesinos iban a pagarlo.

Pero él no se lo podía hacer pagar desde el infierno, de modo que tenía que seguir vivo aunque fuese unos minutos más. Vio la boca de un almacén y se metió en él cuando sus perseguidores estaban a punto de alcanzarle de nuevo.

Volvió a dar gas.

Aquello era como una pesadilla.

Carretillas.

Hombres que corrían.

Sacos volcados por todas partes.

Sig embistió de costado una carretilla, la envió hacia atrás y la hizo estrellarse contra el parabrisas de sus enemigos, en una especie de siniestra carambola de billar. Se oyó un estrépito mientras el coche color vino perdía la dirección de nuevo e iba a estrellarse contra una pila de sacos.

Éstos saltaron por los aires.

El coche dio frenéticamente marcha atrás.

Era un verdadero tanque y su conductor era un verdadero maestro.

Por décimas de segundo, los cuatro pistoleros que iban en aquel coche se libraron de morir aplastados. Un poco más y se convierten en sus propios sellos de correos. Una enorme pila de sacos cayó sobre el sitio donde había estado el coche justo cuando éste lograba apartarse.

El otro bólido no había entrado en el almacén. Lo estaba rodeando, dando por descontado que en el lado opuesto habría otra puerta por la que trataría de huir Sig.

Y así fue. Los dos coches casi se embistieron. Sonó una ráfaga de metralleta mientras giraba locamente y estaba a punto de dar una vuelta de campana tras patinar sobre dos ruedas.

Las gotas de sudor le caían por las mejillas. Se daba cuenta de que no podría seguir esquivando la muerte ni siquiera medio minuto más. Tras chocar contra una pared y dejarse medio capó en el camino, el bólido de sus perseguidores maniobraba y se disponía a emprender la persecución otra vez. Una segunda ráfaga de metralleta se llevó parte de los cristales de Sig.

Éste vio venir la curva.

El cuentarrevoluciones marcaba rojo desde varios minutos atrás. El motor empezaba ya a escupir leves resoplidos de humo. Como en esas películas donde la carretera parece echarse encima de los bólidos de «Fórmula Uno», Sig se encontró en la curva.

Otro golpe de volante.

Su cerebro parecía haberse paralizado. Obraba por instinto. ¡Al diablo!

Tomó la curva sobre dos ruedas, fue hacia la pared que quedaba a su derecha, freno con todas sus fuerzas cuando el capó estaba a punto de estrellarse en la fachada del almacén, y salió despedido por la portezuela izquierda. Dio tres vueltas por el suelo mientras el coche quedaba cruzado en mitad de la calzada.

Ni que lo hubiese calculado con compás.

Vio venir al bólido.

Más de cien millas por hora.

Sin poder frenar.

Con el cacharro de Sig cruzado en mitad del camino.

Se oyó un grito alucinante.

El horrible estampido pareció resonar en todo el estuario del Hudson.

Los depósitos de gasolina de los dos coches estallaron a la vez y todo pareció convertirse en una inmensa bola de fuego. Restos humanos llameantes salieron despedidos por los aires. La calle se llenó de humo.

El humo fue lo que aprovechó Sig para doblar a toda velocidad la próxima esquina y llegar al borde de los muelles. Sabía que le perseguía otro coche y que éste no tardaría en encontrar su pista.

Vio un buque negro, sucio, que parecía cargado de lepra, adosado al muelle. El buque parecía un ataúd flotante, pero podía servirle de escondite porque, además de parecer vacío, tenía la pasarela echada.

Subió por ella.

Apenas había llegado al puente cuando vio que el otro coche color vino se detenía en los muelles. De él bajaron cinco hombres.

Sig barbotó:

—Cuatro.

La primera bala del «Magnum» se llevó media cabeza del que ya

estaba junto a la escalera. Los otros enviaron con sus metralletas una nube de plomo.

Sig hubo de lanzarse al suelo y perdió su revólver. Pudo notar que las balas rebotaban en las planchas de metal, en forma de un chorro alucinante. Un hombre vestido de blanco asomó por el puente gritando:

—¡Eh, ustedes...!

Las balas partieron su cuerpo en dos y lo enviaron por encima de la borda, lanzándolo al agua. Los otros cuatro siguieron subiendo.

Sig no podía perder tiempo.

Estaba desarmado.

Vio abierto uno de los escotillones de la bodega y se lanzó por allí. Logró caer de pies en un recinto donde se filtraba una luz lechosa y turbia.

Pero aquella luz le bastó a Sig para darse cuenta del horror en que estaba metido hasta el cuello.

Para comprender que acababa de entrar en el infierno.

* * *

Los dos cuerpos abiertos en canal, colgados por los pies como si fueran reses, estaban pendientes de los ganchos de la nave frigorífica. Eran dos hombres jóvenes, con las vísceras fuera, mostrando las caras exangües y la carne de las costillas.

Sig sintió que sus piernas vacilaban. No hubiera esperado jamás aquella visión de pesadilla.

Su respiración se hizo silbante mientras los ojos se le salían de las órbitas. Miró en torno suyo sintiendo que todo daba vueltas.

No lo entendía.

Pero aquello era el otro lado del infierno.

Había docenas de cuerpos humanos colgados así.

¡Docenas y docenas de reses... que en realidad eran hombres muertos!

Sig empezó a notar que una musiquita siniestra zumbaba dentro de su cráneo.

Se estaba volviendo loco.

Los ojos le temblaban en las órbitas mientras contemplaba aquel

espectáculo alucinante.

Pero si quería tener alguna posibilidad de seguir vivo, no podía pensar en aquello. Tenía que pensar en sí mismo. Uno de los cuatro hombres con metralletas ya estaba en lo alto de la escotilla.

Iba a saltar.

Sabía que Sig estaba allí, pero Sig tenía una ventaja: él ya se había acostumbrado a la penumbra, y el otro no. Por lo tanto apenas se movió, limitándose a colocarse detrás del muerto colgado como una res.

Su enemigo saltó.

Vaciló un momento, para acostumbrarse a la luz.

Y, de pronto, vio aquel muerto colgado del garfio y que oscilaba hacia él como un péndulo. Lanzó un grito mientras él tenía también la sensación de haber entrado en el infierno.

La metralleta tembló en sus manos.

Y cuando la barra de hierro le hendió por completo el cráneo, ni siquiera se enteró. Cayó como un pelele al tiempo que Sig se apoderaba de su metralleta.

Era tiempo.

Un segundo enemigo saltaba ya por la escotilla.

Sig le alcanzó cuando el otro aún estaba en el aire. El chorro de plomo le segó sin piedad. Pero, demasiado tarde, Sig se dio cuenta de que seguía apretando el gatillo sin que surgiera ninguna bala.

El cargador se había agotado.

¡Y él no tenía ningún otro de repuesto!

Sabiendo que aún quedaban dos enemigos, se adentró entre los cadáveres colgados, entre aquel mundo de aquelarre y que parecía una visión del Más Allá. Pero otro de los enemigos ya estaba allí.

Le envió una ráfaga.

Y los pedazos de cartón pintado saltaron hacia la cara del pesquisa. Éste cayó al suelo mientras las balas atronaban la penumbra.

Pero de pronto lanzó una carcajada. Fue una carcajada que estuvo a punto de partirle la boca.

CAPÍTULO XIII

UN MUERTO PARA POSTRE

Había momentos en que Sig tenía la sensación de ser un alucinado, pero el chorro de virutas de cartón que las balas acababan de enviar contra su cara le había demostrado una cosa: sólo dos de los cadáveres colgados eran auténticos, y sin duda correspondían a esos detritos humanos que las urbes crueles y enormes, como Nueva York, producen sin cesar, y que nadie reclama ni para enterrarlos. Los demás eran perfectas imitaciones de cartón. Había entrado realmente en el escenario de una película.

Aquel viejo buque debía estar preparado para filmar algo en él. Y el fulano vestido de blanco al que los forajidos ametrallaron debía ser un vigilante contratado por la productora.

Dos muertos auténticos con permiso de las autoridades. Una montaña de falsos muertos creados para dar una sensación de pesadilla en una película de horror.

Ése era el escenario en que de pronto se veía metido Sig, aunque a él los escenarios le importaban poco. Lo esencial era que otro de sus enemigos venía hacia él con la metralleta preparada.

Y el último daba la vuelta por otro lado, dispuesto a cortar cualquier camino de huida. Sig oía las pisadas secas y espectrales de los dos.

El de la izquierda avanzó cautelosamente, con el dedo en el gatillo de la metralleta.

Ya había perdido de vista al de la derecha. Sus ojos poco habituados a la penumbra se entrecerraron.

Al principio había tenido la misma sensación que Sig: la de que

aquello era un cementerio alucinante. Pero ahora se daba cuenta de que los «muertos» entre los que se movía eran de cartón, y por lo tanto los apartaba de un lado y otro mientras avanzaba con la metralleta por delante. Los golpes secos de aquellos cuerpos al chocar unos con otros vibraban en sus oídos como una serie de maldiciones, pero eso no le impresionaba.

El sicario tendió una mano para apartar uno de aquellos falsos muertos de cartón.

Y, de pronto, aquella mano se detuvo. Unos ojos temblaron. Sonó un grito gutural.

El hombre de la metralleta retiró la mano del «cadáver» de cartón y la miró mientras sus dientes chirriaban. Aquella mano estaba cubierta de sangre.

¡Sangre humana!

¡Sangre fresca!

Giró la cabeza sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo.

Y entonces vio que aquel cadáver colgado por los pies era de verdad.

Desnudo.

Abierto en canal.

El hombre de la metralleta reconoció al último de sus compañeros. Las manos le temblaron. De su garganta escapó un murmullo de horror.

Y aquel murmullo de horror se transformó en un grito de muerte.

El cuchillo se le había metido por la espalda hasta los riñones.

Como un chorro color de sangre, penetró por allí la muerte.

* * *

El hombre que acababa de hundir dos veces aquel cuchillo lo retiró poco a poco haciendo una mueca. Su boca estaba crispada y mostraba los dientes como una calavera. Sus ojos claros, muy claros, casi transparentes no parecían los de un ser humano.

La voz de Sig dijo entonces a su espalda:

—Nunca había visto un matarife con tal habilidad, amigo. Ni tan rápido. Ha liquidado a dos hombres y abierto en canal a uno antes de que yo mismo me diera cuenta.

El de los ojos transparentes apenas le miró.

—Odiaba a esos tipos —se limitó a decir secamente.

—¿Por qué?

—Quizá porque quería ayudarle a usted.

—¿Y por qué quería ayudarme a mí?

—Conocía a uno de esos hombres. El que está ahí, colgado como una res. El primero al que he matado. Sé para quién trabajaba y eso me ha bastado para odiarle.

—¿Para quién trabajaba? —susurró Sig.

—Para Donovan —dijo el desconocido.

—¿Cómo lo sabe?

—Estaba cerca de la casa, en Riverside Drive, cuando usted ha salido. Me he dado cuenta de que le seguían y yo he perseguido a los perseguidores, si me permite repetir las palabras. El follón me ha traído hasta aquí y... y he intervenido a tiempo.

Sig le miraba fijamente.

Respiraba con todos los músculos tensos, endurecidos, dispuesto a saltar.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Cómo se llama?

—Usted tiene pinta de ser un coyote de los que se fijan en todo. Seguro que ya ha notado que tengo un leve acento alemán.

—Claro que lo he notado. ¿Pero cómo se llama?

—Kelan —informó el otro con voz metálica.

—Kelan... Su nombre no me dice nada. ¿Quién es en realidad? ¿Qué hace aquí?

—Soy miembro del servicio secreto alemán. En cuanto a lo que hago aquí, la respuesta es muy sencilla: tratar de vengar a una mujer.

—¿Una mujer...?

—Sí. Se llamaba Lilian Gray.

Sig notó que todo su cuerpo era recorrido por un estremecimiento.

—¿Lilian Gray? —bisbiseó.

—¿La conocías? —musitó Kelan.

—Sí. Y también trato de vengarla.

Kelan fue ahora el que se estremeció. Le miró durante unos segundos como si no acabara de creerle. Luego preguntó con un hilo de voz:

—¿Vengarla? ¿Por qué?

—Yo soy detective privado. Un pesquisa miserable, una rata entre las ratas de Nueva York. Pero Lilian vino a mi despacho para librarse de la persecución de dos hombres que querían acabar con ella. Yo sé lo que buscaban.

¿Qué?

—Un anillo que valía unos cien mil dólares. Una fortuna. Tal vez por eso también Donovan lo quería poseer. Kelan negó con la cabeza.

—No —susurró—. A Donovan no le importaba ese anillo por el dinero, y casi juraría que a los dos tipos que perseguían a Lilian tampoco les importaba por eso.

—¿Entonces por qué?

—Los dos pájaros que perseguían a Lilian cuando ella entró en tu despacho, debían ser gorilas al servicio de un red de espionaje internacional. Donovan, en cambio, no está al servicio de nadie. Donovan tiene una red propia y gana auténticas fortunas vendiendo secretos militares a cualquier país que pueda pagarlos.

—¿Donovan propietario de una red de espionaje internacional? ¿De modo que ésa es la auténtica base de su fortuna? ¿Pero qué tiene que ver el anillo con eso?

—Yo lo sé muy bien —dijo Kelan suavemente—. Venchenko también lo sabía.

—¿Venchenko? ¿Quién es Venchenko?

—Un espía ruso, como yo soy un espía alemán y Lilian era una espía americana, aunque ya había dejado el servicio. ¿Sabes por qué lo dejó?

—No —susurró Sig—. ¿Por qué?

—Por asco. Todo se resume en esta sencilla palabra: asco. En una de sus más complicadas misiones tuvo que luchar con Venchenko y conmigo, llegando a un extraño resultado: se enamoró de los dos y los dos nos enamoramos de ella. A veces por encima de los intereses de las naciones, hay un pálpito humano que mueve a los seres y los guía hacia la sencilla verdad. Esa sencilla verdad fue llegar los tres a la conclusión de que no queríamos ayudar más a dar facilidades para la destrucción de la tierra. ¿Sabes qué era lo que por separado buscábamos los tres? ¿Sabes lo que nos hizo chocar en un mismo trabajo?

—No —dijo Sig con voz opaca—, claro que no.

—Tres grandes naciones industriales, con un alto nivel científico, trabajaban en un mismo proyecto: un módulo lunar prácticamente indestructible desde la tierra, pero desde el que se podía aniquilar con absoluta impunidad cualquier punto de nuestro planeta. La nación que poseyera esa arma podía considerarse la dueña del mundo. Sin necesidad de declarar una guerra, podía imponer las condiciones a las demás. La historia del mundo podía variar con sólo hallar una determinada fórmula: la de la aleación de titanio que permitiese crear la masa de ese módulo. Y la de su gravitación, teniendo en cuenta que debería moverse entre la tierra y la luna. Las demás fórmulas, como las necesarias para su lanzamiento por ejemplo, son ya de sobra conocidas. No necesitábamos trabajar en eso.

Las gotas de sudor seguían resbalando por la frente de Sig.

Una sorda angustia le dominaba.

—¿Qué naciones eran ésas? —balbució—. ¿En qué infiernos de lío me he metido?

—Alemania Oriental, Japón y China comunista —dijo Kelan—. Las tres por separado podían llegar a un mismo resultado, pero estaban aún en distintas fases de investigación, de modo que necesitaban espíarse unas a otras. Venchenko, como espía ruso, trabajó a las órdenes de Alemania Oriental para cazar informes a los chinos y a los japoneses. Yo, como espía alemán federal, trabajé a las órdenes de Bonn para espíar a todos ellos y espíar además a Venchenko. Lilian, como espía yanqui, tenía que espíar en los tres países y además a Venchenko y a mí. A su vez, nosotros teníamos que espíar a Lilian, puesto que el dato que uno tuviera podía ser esencial para los demás y hacer que el rompecabezas encajase. Los azares de la lucha nos obligaron a conocernos, a tratarnos, a defendernos... y a apreciarnos. Por encima de todos los intereses, la personalidad de Lilian se nos impuso a Venchenko y a mí. Yo llegué a conseguir el amor de Lilian, llegué a vivir con ella, y supongo que Venchenko también. En aquel grupo donde cada día nos enfrentábamos a la muerte, era imposible decir dónde terminaba el amor de uno y empezaba el amor de otro. Lo cierto fue que reunimos nuestros datos, que aislados no servían nada, pero que reunidos daban las fórmulas completas.

—¿Y... y qué? —musitó Sig.

—Decidimos que esa posibilidad de acabar con el mundo no sería utilizada jamás. Para ello yo grabé la mitad de la fórmula en mis huesos, y Venchenko en los suyos.

—¿En los huesos? —balbució asombrado Sig—. ¿Cómo?

—Acupuntura, amigo. El viejo sistema chino de la acupuntura. Unas agujas especiales atravesaron nuestra carne, llegaron hasta nuestros huesos y dejaron allí, en una especie de tatuaje eterno, la mitad de la fórmula. Las punzadas se borraron y se hicieron del todo invisibles, pero el hueso siguió marcado y constituyó nuestro secreto, un secreto que suponíamos que nadie podría descubrir. Nos juramentamos los tres y decidimos que sólo las Naciones Unidas llegarían, un día, a conocerlo, para poder imponer coactivamente la paz, si un día el mundo volvía a estar al borde del desastre. Pero Lilian también tenía en eso un importante papel: las fórmulas no podían perpetuarse si no se conocía la clave que estaba finamente grabada en la parte interior de su anillo. Para poder usar aquella fórmula maldita, hacía falta tenernos a los tres, y eso era imposible.

—¿Imposible? —balbució Sig.

—Sí, porque nos separamos y cada uno volvió a su país, pero la casualidad quiso que Lilian, cansada ya de ser una trotamundos, harta de los mil papeles sangrientos que había tenido que desempeñar, apartada de un servicio que odiaba, accediera a casarse con un hombre muy rico y que había de garantizar su futuro para siempre. Ese hombre era Donovan. Pero Donovan debió captar detalles, debió darse cuenta de lo que Lilian podía proporcionarle, y por eso decidió atraernos a Nueva York a Venchenko y a mí. A Lilian ya la tenía. Venchenko y yo no tardaríamos en venir. Él lo sabía.

—¿Lo sabía? ¿Por qué? ¿Y cómo lo consiguió?

—¿Cómo? Muy sencillo: matando a Lilian de la forma más salvaje, más despiadada, más inhumana posible. Sabía que la policía no identificaría los restos y que en todo caso no le culparía a él, pero podía estar seguro de que a nuestros oídos llegaría la macabra noticia y de que nos pondríamos en movimiento para vengarla. Porque hasta aquel momento no sabíamos quién era Donovan (y Lilian murió sin saberlo), pero nos bastaría una ligera investigación para saber en qué terreno se movía. Eso nos traería

aquí a Venchenko y a mí, porque los dos somos unos luchadores, solitarios. Donovan contaba con matarnos a los dos y hurgar en nuestros huesos.

Kelan había callado después de aquellas palabras. Sus ojos seguían siendo duros, claros e inhumanos. Sig musitó:

—En nombre de todos los infiernos...

—No me cabe duda de que Venchenko ha muerto —dijo Kelan—, pero yo estoy vivo. Y tú también. Supongo que los dos pensamos lo mismo.

Sig sonrió.

La sonrisa en sus labios, fue sencillamente siniestra.

—Vamos —dijo—, larguémonos antes de que llegue la policía. Ahora Donovan está solo.

Y los dos se movieron como sombras.

Como verdugos que estuvieran a punto de llegar tarde al trabajo.

* * *

Al día siguiente, la Brigada de Homicidios de Nueva York empezó a sufrir una especie de locura colectiva porque ya no hubo bastante con los restos esparcidos de una mujer después de haber sido troceados por una sierra mecánica. Ahora empezaron a aparecer por todas partes los restos de un hombre. También habían sido troceados por medio de una sierra, pero resultó imposible identificarle porque su cabeza estaba partida en tantos pedazos que no había modo humano de unirlos.

Era la ejecución más salvaje que se recordaba en la historia del Este.

La máquina infernal cuyos dientes mordieron la dulce piel de Lilian había hecho un nuevo trabajo, pero eso solamente lo sabían dos hombres en todo el territorio de los Estados Unidos. Dos hombres que habían tenido que quemar las ropas viejas, empapadas de sangre.

Uno de ellos voló un día más tarde desde Nueva York al aeropuerto Colonia-Bonn, vía Frankfurt. Compró un par de revistas, se puso a mascar un chicle y pronto se quedó dormido.

La azafata pensó que debía ser un viajante de objetos de

juguetería, tenía cara de inocente y de buen chico.

El otro no se largó para nada de Nueva York.

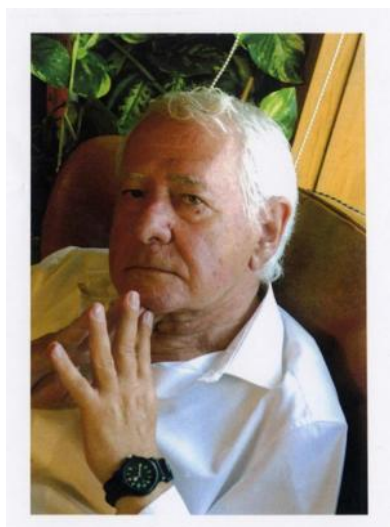
El muy maldito había recuperado algo. Tenía para vender un anillo de cien mil dólares, de la parte interior de cuyo aro había hecho borrar una breve inscripción.

Pero el joyero que se lo había tasado sólo le dio ochenta mil.

De todos modos, para un tipo como Sig, eso era más que suficiente.

Desde entonces, el muy maldito tiene todas las mujeres que quiere. Y vive como un pacha.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.